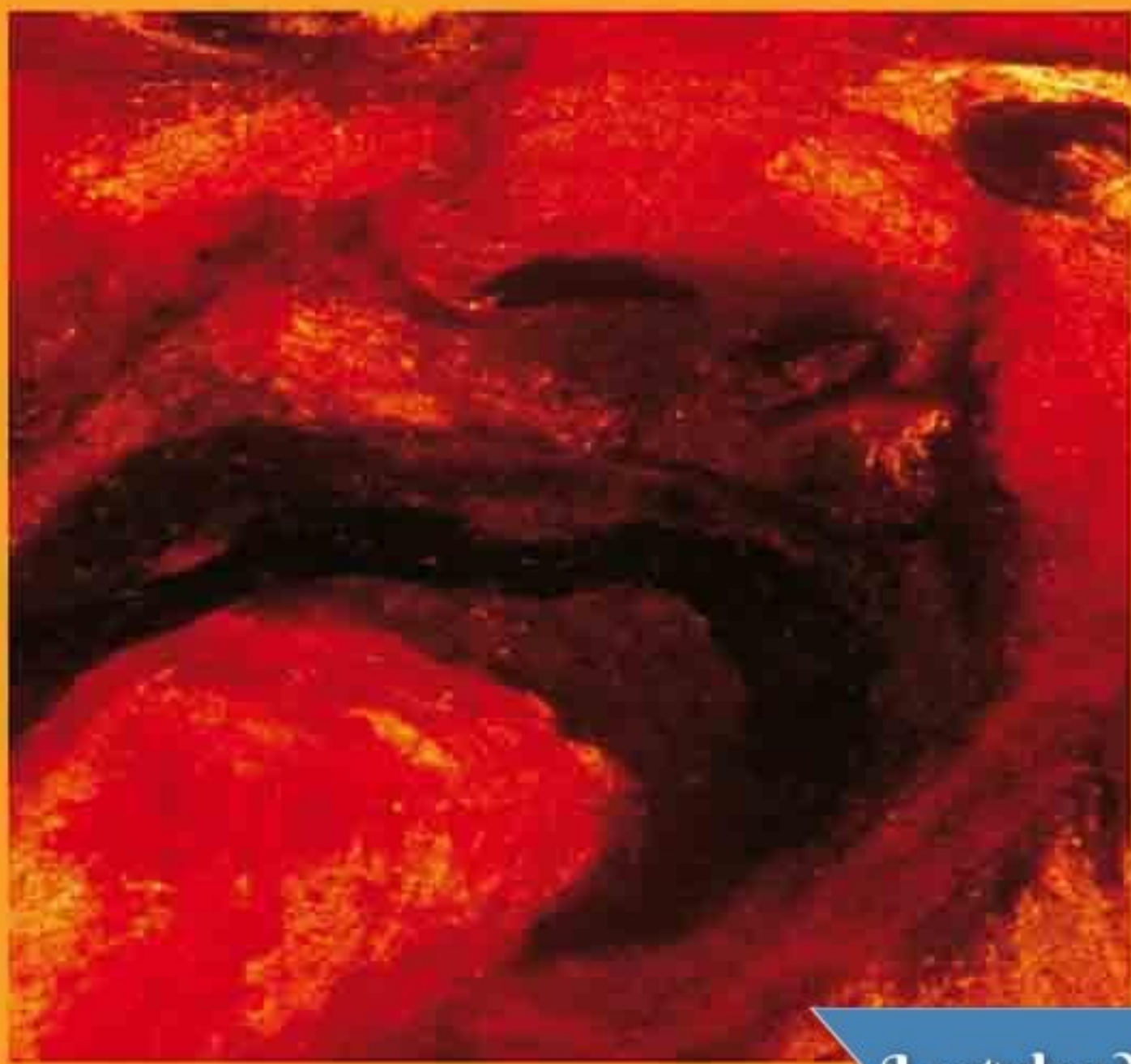


Risa roja

(Fragmentos de un manuscrito encontrado)

Leónidas Andreyev



Lectulandia

Risa roja, que tiene su motivación inmediata en la guerra ruso japonesa de 1902, parte de ese hecho real para elevarse a las alturas de las visiones universales del genio profético. El autor empieza trazando unas escenas de horror bélico, de un naturalismo implacable, espeluznante y terriblemente veraz, y poco a poco va elevando el tono, hasta dar a sus descripciones grandeza apocalíptica de visión profética. Ya no es la guerra ruso japonesa; es la Guerra, la gran plaga de que hablan los libros sagrados, la gran locura universal que periódicamente acomete a los hombres. Es la risa roja de los demonios o de los dioses. Un ambiente de alucinación pesa sobre aquellos combatientes, insomnes, extenuados y famélicos, que llegan a olvidar la razón de su lucha y siguen luchando como autómatas, movidos por una voluntad misteriosa y cruel, rodeados de muertos y charcos de sangre. Y en ese ambiente de irrealidad, la alucinación surge en el cerebro del protagonista y crea el mito. ¡La risa roja! Todo ríe a su alrededor con esa risa roja sádica, sarcástica, que se burla del dolor humano y se goza en él. ¿Quién ríe de ese modo? ¿Qué ser misterioso es ese que así se complace en torturar a los hombres? El pobre combatiente, presunto redactor de estas páginas, no ve más que esa risa que, cual rojo celaje, cubre todo el horizonte. La ve en el campo de batalla, la seguirá viendo luego también en su hogar, cuando, perdidas ambas piernas, lo devuelven a la retaguardia; la verá ya siempre, hasta que enloquezca y muera. Pero entonces la seguirá viendo su hermano, su hermano que no fue a la guerra, pero al que el mutilado contagia su obsesión. La risa roja es ubicua y sutil, se filtra por todas partes, enloquece a los hombres, se mofa de sus ensueños pacifistas y los vuelve fieras rabiosas e implacables. Es una crisis de locura periódica que ataca a la Humanidad y ante la que no cabe más que esperar a que pase. Impotentes serán todos los esfuerzos de la razón, todas las predicaciones de los pacifistas para conjurar esa vesania colectiva. Contra la risa roja no hay defensa. Es algo fatal, cuyo secreto pertenece al Destino.

El pesimismo de Andreyev no compensa el espanto de esos cuadros bélicos con ningún rosicler de posible esperanza, como suelen hacer los autores de los libros contra la guerra. El lector queda sobrecogido de un místico y pasivo terror ante esa risa roja, que todo lo llena con su color de sangre y a todo le comunica un sabor de sangre. Como artista del horror, muéstrase insuperable Andreyev en esas páginas, que, al describir una guerra que ante los progresos de la técnica destructora parece hoy elemental, resultan más impresionantes, por el *pathos* de su autor, que cuantas se han escrito después de la gran conflagración mundial, incluyendo *El fuego* de Barbusse. Solo puede comparársele esa otra del propio Andreyev, *El káiser y el*

prisionero, en la que describe los horrores de Bélgica invadida por las tropas germánicas. También allí percibimos el espanto de esa risa roja y aspiramos el olor y el sabor de la sangre, en una retaguardia llena de hospitales atestados de heridos. Y en ese diálogo entre el káiser Guillermo y un prisionero belga (un ruso emigrado por razones políticas), que subraya el fragor de la artillería alemana, el autor, por boca de los interlocutores, expone otra vez su pesimismo trascendental respecto de la fatalidad inevitable de la guerra como fenómeno biológico incluido en lo que Nietzsche llamó «lucha por la vida y el dominio». Los hombres lucharán siempre entre sí como luchan los elementos en la Naturaleza. *Omnia secundum litem fiunt*, dijo ya Lucrecio parafraseando a Heráclito. «La guerra —dice el káiser, desarrollando con arrogante cinismo las teorías de von Bernhardi— es un efecto de la ley natural de selección, que tiende a sustituir al débil y viejo por el fuerte y joven; un proceso biológico de depuración y renovación, algo así como una operación de alta quirurgia. Luchan los hombres y luchan las ideas», proclama el káiser. Y con una lógica irrefutable, recuerda a su interlocutor que también él ha sido un luchador político y ahora mismo estaba luchando como voluntario en las filas belgas. Y ante ese argumento, el ruso pacifista no tiene nada verdaderamente válido que contestar. La risa roja — de los demonios o de los dioses— seguirá siempre ensangrentando periódicamente la tierra. Es tremendo, pero probablemente es verdad.

Lectulandia

Leónidas Andreyev

RISA ROJA

FRAGMENTOS DE UN MANUSCRITO ENCONTRADO

ePub r1.0

titivillus 27.01.16

Título original: *Krasnyi smekh*

Leónidas Andreyev, 1904

Traducción: Rafael Cansinos Assens

Edición utilizada por el traductor: *Polnoe sobranie socinenij Leonida Andreeva (Obras Completas de Leónidas Andreyev)*, A. F. Marks, S. Peterburg, 1913

Ilustración de cubierta: Fragmento de *Saturno devorando a sus hijos* de Goya, 1819-1823. Fotografía manipulada digitalmente

Editor digital: titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota a la edición

DE **Risa Roja** de Leónidas Andreyev en traducción de Rafael Cansinos Assens se han realizado hasta la fecha tres ediciones en forma de libro de papel, dos de la editorial Aguilar y una de Arca Ediciones. Aguilar lo editó por vez primera incluido en *Obras escogidas* de Leónidas Andreyev, Madrid, 1955. Posteriormente, Aguilar imprimió *Obras completas*, Madrid, 1969. Arca Ediciones hizo su edición en Madrid, en 2006, componiéndola a partir de la edición prínceps. Se corrigieron erratas evidentes de aquella primera edición y se ha normalizado la acentuación según las reglas de nuestros días. La edición digital se ha realizado a partir de la edición de 2006.

EXPOSICIÓN DE LEÓNIDAS ANDREYEV

por Rafael Cansinos Assens

La Vida

En su drama *Vida de hombre* parece haber presentado Andreyev, simbólica y proféticamente, su propia vida. Igual que el arquitecto protagonista de este drama, conoce su creador, tras las luchas, fracasos e ilusiones de los comienzos, unos años de gloria y esplendor meteóricos, para acabar, de un modo trágico y prematuro, en la oscuridad y la miseria. La vida de Andreyev es ella misma un símbolo amargo de la vanidad de las ilusiones literarias y, en general, de todas las ilusiones con que el hombre viene al mundo, y que si en un momento parecen lograrse, luego se desvanecen en la absoluta inanidad de las cosas humanas.

No conocemos, por lo demás, muy al detalle la vida del gran escritor; Andreyev no ha encontrado hasta ahora^[1] un biógrafo concienzudo y amoroso, como André Levinson^[2] y Edward Hallet Carr^[3], por ejemplo, lo han sido para Dostoyevski; ni tampoco la erudición oficial de su patria lo ha hecho objeto de estudio como los dedicados al mismo Dostoyevski y a Turgueniev, entre otros. Para trazar su contorno biográfico, solo contamos con su *Autobiografía*, que no alcanza sino al promedio de su vida, y bosquejos parciales e incompletos incluidos en obras de más amplio plan, como la de Serge Perski: *Los maestros de la novela rusa contemporánea* (París, 1912^[4]). Una biografía por Máximo Gorki —rotulada con su nombre—, que registran las fichas bibliográficas^[5], en las actuales circunstancias de incomunicación en que nos hallamos^[6], resulta inasequible. Solo conocemos bien las líneas generales de la vida de Andreyev: su nacimiento en la pobreza de un hogar humilde, su infancia triste de huérfano, su juventud trabajosa y difícil, en que se señala un conato de suicidio frustrado; sus breves años de éxito internacional y su mísera muerte en una oscura aldea de Finlandia, que su antorcha fúnebre ilumina, como refugiado político, fugitivo de la revolución bolchevique, tan falto de todo recurso que ha de enterrarlo la caridad de sus convecinos. Solo estas líneas generales conocemos de la vida de Andreyev; y no tratemos de puntualizar pormenores, pues sus biógrafos circunstanciales discrepan en las fechas, sobre todo en la de su muerte, que unos sitúan en 1919^[7], otros en 1920 y otros aun en 1922. Lo que nada tiene de raro, pues los últimos años del escritor se pierden en la batahola de la gran revolución de su país, que envuelve en sangrientas brumas el horizonte ruso.

Lo que mejor conocemos de la vida de Andreyev es su infancia y su primera juventud. Sobre ese sector vital nos informa su *Autobiografía*, de la que todos sus biógrafos y prologuistas transcriben párrafos, pues en ella se encuentran las claves

psíquicas de su creación literaria. Por esas páginas sinceras, sabemos que Leónidas Andreyev nació en Orël, patria chica también del gran Turgueniev, en 1871, de modesta familia burguesa. Su padre era topógrafo, y murió prematuramente, cuando el joven Leónidas cursaba en el colegio sus primeros estudios, con la ilusión de proseguirlos en la Universidad. La muerte del padre deja a la familia sin recursos y compromete esa ilusión del huérfano. Este, sin embargo, reacciona animoso contra ese contratiempo y marcha a Petrograd (entonces Peterburg) y se matricula en la Universidad, con la esperanza de ganarse la vida y costearse los estudios dando lecciones, recurso habitual de los estudiantes pobres. Pero Andreyev no encuentra lecciones ni aun ofreciéndose en las condiciones más módicas, y pasa en la gran ciudad unos días terribles. «Durante mis primeros años en Peterburg —cuenta en su *Autobiografía*— pasé las moradas: muchas veces me estuve dos días sin probar bocado.» Por aquella época, ya el poeta se había revelado en Andreyev, mal estudiante, indolente y soñador. Él mismo lo confiesa en su *Autobiografía* con donosa ingenuidad:

«Nunca fui —dice— un buen alumno; en la clase séptima fui todo un curso el último de la clase, y los profesores me ponían casi siempre malas notas por mi desaplicación. El tiempo más agradable que pasé en el colegio, y que aún ahora recuerdo con placer, era el de los intervalos entre las lecciones, durante los recreos, y también cuando los profesores, no con mucha frecuencia por cierto, me echaban de clase por falta de atención o respeto. En los largos corredores desiertos reinaba un silencio sonoro, que vibraba al rumor solitario de mis pasos; a uno y otro lado, puertas cerradas, de aulas, llenas de alumnos: un rayito de sol —un rayito libre— jugaba con el polvo levantado durante el recreo y que aún no se posara; todo aquello resultaba misterioso, interesante, henchido de un sentido especial y secreto.»

He ahí ya apuntado en el niño esa actitud contemplativa, ese amor y temor exquisitos al misterio, que ha de ser luego fundamental y definitivo en el escritor.

Ahora bien: al verse en Peterburg solo, sin recursos, en un trágico desamparo, el estudiante pobre pide ayuda al escritor que lleva dentro. E intenta hacer alquimia con lo único que posee, el don literario, transmutando en oro su propia miseria. Empieza tratando de elaborar en argumento literario su hambre, su hambre fisiológica, como antes y después de él lo han hecho otros (Knut Hamsun, el noruego, y Panait Istrati, el rumano, por ejemplo). Quiere gritar su hambre, clamarla patética, herir con aguijón de piedad los corazones de los hombres. Escribe cuentos en que el Hambre es el protagonista, y tiene ya rasgos de ese mítico Sar Golod que luego dibujará con todo su horroroso poder en el drama así titulado, y se los lleva a los directores de periódicos. Pero estos, ahítos y optimistas, encuentran de mal gusto y poco interesantes sus relatos y le devuelven sus manuscritos, a veces en forma brutal.

He aquí como él refiere uno de esos lamentables episodios:

«Yo lloraba como un niño —dice— al escribir aquellas páginas en las que había puesto todos mis sufrimientos, y aún estaba impregnado de esa aguda tristeza al presentarme con mi manuscrito en la redacción del periódico. Allí me lo tomaron, diciéndome que volviese dentro de unas semanas a saber la contestación. Volví, efectivamente, con el corazón aún encogido, comprimiendo mi angustia en la espera de la contestación. Y esta la tuve en forma de una gran carcajada del director, el cual, con todo desparpajo, me dijo que aquello que había escrito no valía un pitoche...»

Algo para echarlo al cesto de los papeles, trágico como el de la guillotina que recoge las cabezas de las ilusiones truncadas. Pero la miseria templó los caracteres como un clima duro. Andreyev sigue estudiando su carrera de Leyes, que por fin termina en la Universidad de Moscú. Allí la vida le resulta más fácil; los compañeros y el Comité de Socorro vienen en su ayuda. Pero, no obstante serle más fácil la vida, no deja de serle difícil, y sobre todo amarga, en lo referente a sus ilusiones literarias; tanto, que el joven Andreyev, harto de sufrir, decide, cual otro Chatterton, quitarse la vida.

«En enero de 1894 —confiesa en su *Autobiografía*—, me disparé un tiro de revólver, pero sin resultado apreciable, y lo pagué con una penitencia religiosa que me impusieron las autoridades y una enfermedad al corazón, poco peligrosa pero pertinaz. Durante ese período realicé otras dos tentativas literarias, tan infructuosas como las anteriores, y me dediqué con éxito a la pintura, por la que sentía afición desde la infancia; y hacía retratos de encargo, por los que cobraba de cinco a diez rublos...».

En 1897, Andreyev obtiene el título de abogado y se inscribe en el foro de Moscú. Actúa en un asunto de lo civil, que pierde, por cierto, en todas sus instancias, y defiende de oficio algunas causas de lo criminal. Al mismo tiempo hace de cronista de tribunales para un gran diario, *El Correo de Moscú*, y escribe folletos para otros periódicos.

Y, por fin, tras tanta lucha y tanto dolor, llega ese éxito literario que, tan bien pagado siempre, parece venir de bómbis y el escritor recibe como un regalo del Destino.

Son dos magníficas narraciones —*Silencio* (1900) y *Vivieron..., fueron...* (1901) —, publicadas en una gran revista petersburguesa, las que consagran al novel y le abren las puertas de redacciones y editoriales, rendidas al embate de esos dos formidables arietes. La suerte del escritor está ya decidida, y Andreyev cuelga la toga de abogado, que no le cae bien, y se consagra por completo a la literatura.

A principio del siglo es ya Andreyev un escritor notorio en su país, al que los viejos maestros, como el patriarca Tolstoi, y los nuevos, como Chejov, Gorki y Merechkovski, distinguen con su afecto y prodigan sus elogios alentadores. La fama de Andreyev va creciendo con el siglo. En 1902, la guerra rusojaponesa le inspira su *Risa roja*, esa impresionante página antibélica cuyo valor moral y literario reconoce, unánime, la crítica. Con esas presuntas memorias de un mutilado de guerra, de un enorme poder emotivo y una técnica en que se funden realidad y alucinación,

Andreyev se granjea nota de escritor original, penetrante, que remueve la conciencia y los nervios de sus lectores, y ante cuyas obras no es posible permanecer indiferente. Hay en esa *Risa roja* un sensacionalismo, por decirlo así, del horror, que algunos encontrarán exagerado, pero a cuyo efecto no podrán sustraerse. Existen datos para pensar que el éxito de Andreyev fue acompañado de cierto escándalo, y su obra tildada de morbosa y deprimente. A ciertos señores Andreyev les crispaba los nervios. Pero el público seguía al escritor, sorprendido, fascinado por su arte, a un tiempo vigoroso y exquisito.

En 1908, el triunfo de Andreyev es completo. Sus *Siete ahorcados*, que por su argumento roza la actualidad revolucionaria —como que se inspira en las recientes ejecuciones de terroristas consumadas en Karsen—, hacen profunda impresión en el público, y su onda emotiva es tan poderosa que rebasa las fronteras de Rusia y en el mismo año se propaga al extranjero —a Francia, Alemania, España...—. Andreyev es traducido a lenguas europeas y es ya un escritor internacional, cuyas obras alternan en las bibliotecas, al lado de las de los grandes autores del día: Tolstoi, Gorki, Maupassant, Maeterlinck...

Su fama de novelista se acrece aún con *Saschka Yegulev* (1911), obra de *pathos* análogo a *Los siete ahorcados* y, como ella, relacionada con la terrible actualidad del terrorismo ruso. Al mismo tiempo, Andreyev, en pleno desborde de su genio, aborda la escena y produce dramas simbólicos, como *Vida de hombre* y *Anatema* y otros como *Anfisa*, *Yekaterina Ivanovna*, etcétera, de un tremendo realismo, que incorporan su nombre a los de los grandes dramaturgos europeos: Ibsen, Maeterlinck, Hauptmann, Sudermann... Al éxito literario corresponde el económico, y Andreyev, el antiguo hambriento, conoce la hartura en todas sus formas, goza del buen sabor de la vida, olvida sus días amargos, funda un hogar, viaja por el extranjero, pasa temporadas en Capri, isla de millonarios —donde Gorki restaura sus pulmones y calienta su frío ruso en el amable sol de Italia—, adquiere una finca en Terioki (Finlandia) y, dando por terminado el ciclo de sus desventuras, escribe su *Autobiografía*.

Ahora bien: hay que hacer constar que el éxito no altera lo fundamental del *pathos* de Andreyev, el cual, como escritor, sigue viendo la vida con los mismos ojos tristes de su infancia. Lo mismo su novela que su teatro son de un desolado pesimismo y reflejan yermas perspectivas de estepa. Dijérase que el trauma de su suicidio frustrado ha dejado en su alma resonancias inacallables, y que el escritor, herido por ella una vez, no acaba de reconciliarse con la vida, de tener confianza en esa voluble amada. Sutil auscultador del misterio, sensible con exceso a esas ondas espirituales que los más de los hombres no logran captar, parece que Andreyev presiente lo que va a venir, y siente ya en su rostro el soplo helado que va a apagar el simbólico cirio de su vida, que ahora brilla como un astro en su cenit.

Y el escritor no se equivoca. Llega el año 14, y todo va a cambiar. Un hombre, al parecer ajeno por completo a su vida y con el que nunca se ha cruzado, va a truncar,

haciendo de Ananké, tan brillante destino y a nublar primero y apagar después ese cirio simbólico de la vida de Andreyev.

El káiser Guillermo, que va a hacer ópera wagneriana con música de cañones, lanza sobre la inerme Bélgica sus legiones de bárbaros rubios, ebrios de alcohol patriótico y luterano. La guerra, tanto tiempo incubada bajo el casco imperial, estalla finalmente; la risa roja ensangrienta el horizonte cual trágica aurora que corta los sueños de los pacifistas; el tronar de los cañones apaga las voces de pensadores y literatos; von Moltke, Ludendorff, relegan a segundo término, hacen olvidar a las grandes figuras literarias y aun la misma Literatura. ¿Qué hace Andreyev en esa Rusia militarizada, sacudida por el ímpetu bélico?... Ahora sabemos que el gran escritor, consecuente con sus ideales pacifistas, había fundado en Peterburg un periódico, redactado por él solo, en el que, a riesgo de granjearse fama de mal patriota, levantaba su voz, secundando los nobles esfuerzos de Romain Rolland por humanizar al menos esa guerra inhumana. Pero Romain Rolland hablaba al mundo desde la neutral Suiza y su verbo podía llegar a todas partes, mientras que el de Andreyev no salía de su Rusia bloqueada.

Fue luego, terminada la guerra, en los días del armisticio, cuando, entre el aluvión de noticias sensacionales que nos llegaban de Rusia —caída del zarismo, revolución bolchevique—, conoció el mundo la tragedia de Andreyev. Huido de su patria, muerto en la indigencia absoluta en una oscura aldea de Finlandia. Así había terminado el gran escritor de fama universal, de alma sensible y generosa, enemigo por naturaleza de toda tiranía, el autor de *Los siete ahorcados*, el amigo de Gorki y de todos cuantos en Rusia luchaban por la libertad del pueblo, el hombre que había lanzado libros como bombas.

¿Cómo había podido ser eso? ¿Andreyev, barrido por la revolución rusa como cualquier burgués de mentalidad reaccionaria? Pues muy naturalmente, sin embargo, y esa fue la tragedia íntima del escritor, que, amante del pueblo, no podía sentir como él, pues pertenecía a la casta aristocrática del pensamiento, y hasta por estética repugnaba los horrores de una revolución demagógica. Ante la dictadura del proletariado, su espíritu independiente, individualista, sublevábase como ante la dictadura zarista. Se sentía amenazado por ella en su valor esencial de hombre, de ser humano, en su riqueza espiritual, y tenía que adoptar la actitud de un burgués del pensamiento. Su conflicto íntimo era el mismo que se le hubiera planteado a un Dostoyevski y que también se le planteaba a Merechkovski.

El trauma de la revolución descubría el verdadero fondo de su conciencia y deshacía el equívoco de su obra, ambiguamente revolucionaria. El terrorismo para él sólo había sido un motivo literario. Y ahora el escritor, aterrado ante el triunfo de ese terrorismo, reacciona como cualquier burgués, toma partido por Kerenski contra Lenin, y cuando este triunfa, redacta un manifiesto antibolchevique, que circula clandestinamente por Rusia y libremente por el extranjero, causando sensación. Se convierte en un elemento peligroso y las autoridades lo destierran a Valmein.

Andreyev intenta entonces salir de Rusia y escribe a su editor norteamericano Herman Bernstein rogándole que le gestione un pasaporte. Así las cosas, estalla cerca de su casa una bomba, y Andreyev, que, como sabemos, es un cardíaco, sufre tal impresión que se agrava en su dolencia. Ya no hay tiempo de aguardar el resultado de las gestiones de Bernstein; hay que huir en seguida de Rusia, perdiéndolo todo, si se quiere salvar la vida. Merechkovski ha logrado refugiarse en Alemania; Andreyev, con su mujer y sus hijas, sale disfrazado de Rusia y se acoge a la Finlandia próxima. Allí, en una pequeña aldea, vive aún (¿dos, tres años?), enfermo, pobre, incomunicado con sus editores, bloqueados sus fondos, y muere, al fin, en una miseria comparable a la de sus primeros tiempos. Extínguese la llama de su cirio vital. Se ha cumplido el ciclo de la vida del hombre, y el Destino suelta su brutal carcajada. El telón cae sobre la vida y la obra de Leónidas Andreyev^[8].

PARTE PRIMERA

Fragmento I

ABSURDO y horror... Eso fue lo primero que sentí cuando íbamos por el camino de Ensk, diez horas sin parar, sin detenernos ni aflojar el paso ni levantar a los que caían, dejándolos a merced del enemigo, que nos venía pisando los talones y que en tres o cuatro horas borraría las huellas de nuestros pies con los suyos. Hacía un calor de siesta. No sé cuántos grados marcaría el termómetro: cuarenta, cincuenta o más; solo sé que hacía un calor continuo, desesperadamente igual y profundo. Brillaba un sol tan enorme, inflamado y terrible, cual si la Tierra se acercase a él y hubiera de consumirse sin tardar en aquel fuego implacable. Y no veían los ojos. Las pequeñas, encogidas pupilas, pequeñinas como pepitas de ababol, buscaban afanosamente la sombra bajo los párpados cerrados; el sol traspasaba la fina membrana y con su luz sanguinolenta penetraba en el torturado cerebro. Pero, pese a todo, así se iba mejor, y largo rato, quizá unas cuantas horas, fui yo caminando con los ojos cerrados, oyendo cómo en torno mío se movía la tropa; pesado y desigual patear de hombres y caballos, rechinar de férreas ruedas aplastando guijos, pesado, intermitente y sordo alentar y relamerse de los labios resecos. Pero no se oía ninguna palabra. Todos callaban, cual si fuese aquel un ejército de mudos, y cuando alguno caía, caía en silencio y los otros tropezaban con su cuerpo, caían y se levantaban en silencio también, y sin volver la vista en derredor, seguían adelante, cual si, además de mudos, fueran también sordos y ciegos.

También yo tropecé y caí unas cuantas veces, y entonces, involuntariamente, abría los ojos, y lo que veía parecía una ficción bárbara, un pesado delirio de la tierra enloquecida. Encandecido, el aire temblaba, y sin ruido, cual prontas a ceder, temblaban las piedras, y las lejanas filas, armas y caballos, se apartaban de la tierra, y sin ruido, como jalea, vacilaban, cual si no fuesen seres vivos los que caminaban, sino una tropa de vagos fantasmas. El sol, enorme, próximo, terrible, encendía en cada cañón de fusil, en cada plancha de metal, miles de pequeños y cegadores soles que por todas partes, de costado y por abajo, herían los ojos agudos, blancos de incandescencia, como puntas de bayoneta recalentadas hasta ese grado. Y el calor consuntivo, abrasante, penetraba hasta el mismo tuétano en el cerebro, y parecía a veces que sobre los hombres se balanceaba no una cabeza, sino una bola extraña e insólita, pesada y ligera, ajena y terrible.

Y entonces... Entonces, de repente, me acordé de mi casa: el rinconcillo del cuarto empapelado de azul, y la polvorienta e intacta jarrita de agua sobre la mesilla de noche, sobre mi mesilla, con una pata más corta que las otras dos, debajo de la cual había colocado un trozo de papel doblado. Y en el cuarto contiguo —yo no los veo— parece que están mi mujer y mi hijo. Si yo hubiera podido gritar, habría gritado; tan extraordinaria resultaba esa sencilla y plácida imagen, aquel empapelado azul y aquella jarrita de agua polvorienta e intacta.

Recuerdo que me paré, levantando los brazos; pero el que venía detrás de mí me empujó, y en seguida volví a reanudar mi marcha hacia delante, empujando a los demás, acercándome no sabía adónde y sin sentir ya el calor ni el cansancio. Y largo rato seguí así, por entre interminables y silenciosas filas, ante rojos, calcinados cogotes, casi rozando inerte las ardientes bayonetas, cuando la idea de lo que yo estaba haciendo y de adónde iba con tanta prisa hizo que me detuviese. Y con la misma prisa me volví a un lado, me hice sitio, salté un barranco y, preocupado, me senté en una piedra, como si aquella piedra tosca que echaba fuego, hubiese de ser la meta de todos mis afanes.

Y de pronto, por primera vez, me di cuenta. Veía claramente que aquellos hombres que caminaban en silencio, bajo el fulgor del sol, medio muertos de fatiga y calor, tambaleándose y cayendo..., eran una cosa absurda. No sabían adónde iban, no sabían por qué hacía aquel sol; nada, nada sabían. No llevaban una cabeza sobre sus hombros, sino unas bolas extrañas y terribles. Ahí va uno como yo, que apresuradamente se abre paso por entre las filas y cae al suelo, y luego otro, y después de él, un tercero. He ahí que, por encima de la tropa, levanta su cabeza un caballo con los ojos enrojecidos y absurdos y los morros abiertos de par en par, cual si fuese a lanzar un tremendo e insólito grito, se encabrita y cae, y por un momento en aquel sitio se aglomera la gente, se detiene, se oyen voces roncadas, secas, una breve detonación y luego, otra vez, la silenciosa, infinita marcha. Una hora llevo ya sentado en la piedra, y ante mí van pasando todos, y tiemblan la tierra y el aire y las fantasmales filas lejanas. Vuelve a penetrarme la desecante calina, y ya no comprendo lo que hace un segundo pensaba; y todos siguen marchando y marchando, ante mí, y ya no sé quiénes son. Hace una hora estaba yo solo en esta piedra; pero ahora en torno mío tengo un grupo de grises figuras: unos se han tumbado y permanecen inmóviles, cual si se hubiesen muerto —y acaso sea así—; otros están sentados y miran alelados a los que pasan, lo mismo que yo. Tienen unos sus armas y parecen soldados; otros están casi desnudos y muestran una piel tan enrojecida, que no quiere uno mirarla. No lejos de mí hay tendido uno de bruces, dejando ver la espalda desnuda. Por el modo tan indiferente como apoya la cara en la aguda y ardiente piedra, por la blancura de la palma de su mano caída, salta a la vista que está muerto; pero su espalda se conserva roja, cual la de un vivo, y solo un leve viso amarillento como el de la cecina habla de la muerte. Quisiera apartarme de él, pero no tengo fuerzas, y cabeceando, miro las interminables hileras de los que marchan en fantasmal desfile. Por el estado de mi cabeza, comprendo que también a mí va a darme en seguida una insolación, pero la aguardo tranquilamente, como en sueños, en que la muerte es solo una etapa en el camino de prodigiosas y enrevesadas visiones. Veo también cómo de entre las filas se destaca un soldado y se viene muy decidido hacia nosotros. Por un momento desaparece en una hondonada, y cuando luego reaparece y sigue marchando, lo hace con paso mal seguro, y algo final se presiente en sus conatos por ajustar sus desencajados miembros. Viene tan derecho hacia mí,

que por entre la pesada modorra que me embarga el cerebro me asusto y le interrogo:

—¿Qué quieres?

Él se queda parado, cual si solo hubiese aguardado una palabra, y puedo ver que es un hombretón, barbudo y con un cuello desgarrado. No lleva armas; sus pantalones se sostienen en un solo botón, y por entre sus rotos asoma la blanca carne. Tiene, por lo visto, dislocados brazos y piernas y pugna por encajárselos, pero no puede; mueve los brazos, pero en seguida se le caen.

—¿Qué haces ahí? Más vale que te sientes —le digo.

Pero él sigue ahí plantado, haciendo por encajarse, sin lograrlo, y calla y me mira. Y yo, involuntariamente, me levanto de la piedra y, dando tumbos, le miro a los ojos, y veo en ellos un abismo de espanto y demencia. Todos tenemos las pupilas contraídas, pero él las dilata al mirar. ¡Qué mar de fuego verá por entre esas enormes y negras mirillas! Puede que fuese presunción mía; puede que en su mirada solo hubiese muerte; pero no, no me equivoco; en aquellas negras y profundas pupilas, circuidas de tenues redondelillos de color anaranjado, como las de los pájaros, había más que muerte, más que el horror de la muerte.

—¡Vete! —le grité, retrocediendo—. ¡Vete!

Y cual si solo aguardase una palabra, se me cayó encima, pisándome los pies, enorme, roto y callado. Con un respingo, retiré los magullados pies, di un salto y sentí impulsos de echar a correr a cualquier parte, lejos de la gente, a la soledad desierta y temblante lejanía, cuando a mi izquierda, allá en lo alto, sonó un tiro e inmediatamente, como un eco, otros dos. No sé dónde, por encima de mi cabeza, con alegre, múltiple silbido, fragor y estruendo, pasó una granada.

¡Nos habían copado!

Cesaron en el acto aquel calor de muerte y el miedo y el cansancio. Se volvieron claros mis pensamientos, exactas y rotundas mis ideas. Cuando, jadeante, eché a correr hacia las filas que se reorganizaban, vi caras radiantes de alegría, oí voces roncadas, pero recias, órdenes, bromas. El sol parecía haberse elevado más, y para no molestar se había nublado, amansado, y de nuevo con alegre silbido, de bruja, cortó el aire una granada.

Yo me acerqué.

Fragmento II

... CASI TODOS los caballos y servidores. En la octava batería también. En la nuestra, la doce, al término del tercer día, solo quedaban tres piezas; las demás habían sido desmanteladas...; siete servidores y un oficial, yo. Llevábamos veinte horas sin dormir y sin probar bocado; tres días de satánicos estruendos y silbidos nos envolvieron en una nube de locura, alejándonos de la tierra, del cielo, de los nuestros..., y nosotros, vivos, vagábamos como dementes. Los muertos yacían allí en paz; pero nosotros nos movíamos, hacíamos nuestro servicio, hablábamos y hasta reíamos y estábamos como dementes. Nuestros movimientos eran seguros y rápidos, claras las órdenes, que se cumplían al pie de la letra...; pero si de pronto nos hubiesen preguntado a cada uno quién éramos, apenas si habríamos podido contestar con nuestra mente obnubilada. Como en sueños, todas las caras parecían conocidas ya de antiguo, y todo cuanto pasaba parecía igualmente conocido de antes, comprendido, ocurrido ya alguna otra vez; pero en cuanto miraba yo con atención alguna cara o arma, o escuchaba un ruido, todo me sorprendía como algo nuevo e infinitamente enigmático. Se nos vino encima la noche sin sentir, y aún no tuviera yo tiempo de verla y asombrarme de su misteriosa llegada, cuando ya de nuevo ardía sobre nosotros el sol. Y solo por los que venían de la batería nos enterábamos de que la lucha había entrado en su tercer día, y en seguida lo olvidábamos; nos parecía como si solo fuese aquel un día infinito, sin comienzo, ora oscuro, ora claro, pero igualmente incomprensible, igualmente absurdo. Y ninguno de nosotros temía la muerte, pues ninguno comprendía qué era aquello de la muerte.

A la tercera o cuarta noche, no recuerdo bien, me acosté un minuto en el parapeto, y no había hecho más que cerrar los ojos cuando acudió a ellos la consabida, insólita, imagen: el empapelado azul y la jarrita polvorienta e intacta, encima de mi mesita de noche. Y en el cuarto contiguo —yo no los veía— parecían encontrarse mi mujer y mi hijo. Solo que ahora había en la mesita una lamparilla encendida con una pantalla verde, lo que quiere decir que era ya la tarde o la noche. La imagen permanecía inmóvil, y largo rato y con mucha tranquilidad y atención estuve mirando cómo jugaba la luz en el cristal de la jarra, contemplando el empapelado de la habitación y preguntándome por qué no dormiría mi hijo; ya era de noche y hora de que se fuese a dormir. Luego, otra vez me puse a mirar el empapelado, todos aquellos frisos, sus argentados colores, la reja y la chimenea...; jamás habría pensado que conocía tan bien mi cuarto. A veces abría los ojos y miraba al cielo negro, con alguna que otra faja de rojo fuego, y de nuevo los volvía a cerrar y de nuevo veía el empapelado, la brillante jarrita, y me preguntaba por qué no dormiría mi hijo; era ya de noche y debía estar durmiendo. Una vez, no lejos de mí, estalló una granada, rozándome casi los pies, y alguien gritó recio, más recio que el propio estallido, y yo me dije: «Ha matado a alguno», pero no me levanté ni aparté los ojos del empapelado azul y la

jarrita.

Luego me puse en pie, comencé a andar, di órdenes, miré las caras, rectificué la puntería, y todo ello sin dejar de pensar: «¿Por qué no dormiré mi hijo?». Una vez se lo pregunté a un artillero, y él me explicó largo y tendido no sé qué, y ambos movimos la cabeza en señal de aprobación. Y él se echó a reír, pero enarcó su ceja izquierda y guiñó con picardía el ojo señalando a no sé quién de detrás. Pero detrás solo se veían las botas de no sé qué pies..., y nada más.

A aquella sazón había ya clareado, y de pronto empezó a llover. Una lluvia como todas, los más vulgares goterones de agua. Pero resultaba allí tan inesperada y extemporánea, y le teníamos todos nosotros tanto miedo a una mojadura, que abandonamos las armas, dejamos de disparar y nos dimos prisa a escondernos donde pudimos. El artillero con el que acababa yo de hablar se metió debajo del cañón y allí se acurrucó, sin pensar que a cada momento podían aplastarlo; un oficial gordo se puso, no sé por qué, a desnudar al muerto, y yo fui a la batería y me puse a buscar no sé qué..., si una manta o un paraguas. Y de pronto en todo aquel enorme espacio, donde goteaba la lluvia de la volandera nube, hízose un silencio extraordinario. Silbó y estalló la rezagada metralla, y se quedó todo tranquilo, tan silencioso que podía oírse cómo resollaba el grueso artillero y el ruido que hacían los goterones de lluvia al dar en las piedras y las armas. Y aquel golpear quedo y menudo, que recordaba el otoño, y el olor a tierra mojada, y el silencio, parecieron interrumpir por un instante la bárbara y sangrienta pesadilla; y al mirar yo las húmedas armas, brillantes de lluvia, hube de imaginar de modo inopinado y raro, algo amable, apacible, como mi infancia o mi primer amor. Pero a lo lejos, con un estampido particularmente recio, sonó el primer disparo y desapareció como por ensalmo el hechizo de aquel silencio; con la misma prisa que se dieran a esconderse empezaron los soldados a salir de sus escondrijos; el gordo artillero le gritó a no sé quién y disparó una pieza, luego otra, y de nuevo la densa bruma de sangre nos envolvió el cansado cerebro. Y ninguno notó que cesaba la lluvia; solo recuerdo que el artillero gordo, que había caído, chorreaba agua por su lacio rostro amarillo; probablemente la lluvia se prolongó bastante tiempo...

Ante mí estaba, cuadrado, un joven voluntario y me participaba, la mano a la altura de la gorra, que el general nos rogaba resistiéramos solamente un par de horas más, pues estaban al llegar los refuerzos. Yo estaba pensando por qué no estaría ya durmiendo mi hijo y le respondí que podríamos resistir cuanto hiciese falta. Pero no sé por qué, hubo de interesarme la cara del voluntario, quizá por su extraordinaria e impresionante lividez. Jamás viera nada tan blanco como aquel rostro; incluso los muertos tienen más colores en su cara que aquel jovencito imberbe. Es posible que al venir hasta nosotros hubiese pasado un gran susto en el camino y no se hubiera aún repuesto de él; y si no se quitaba la mano de la gorra, sería probablemente porque, con ese ademán habitual y sencillo, ahuyentaba un miedo loco.

—¿Tiene usted miedo? —le pregunté, sacudiéndole por el codo.

Pero aquel codo parecía de palo, y él sonreía quedo y callaba. Mejor dicho la sonrisa no pasaba de sus labios, y en sus ojos solo había juventud y espanto, y nada más.

—¿Tiene usted miedo? —repetí afectuosamente.

Temblaron sus labios, pugnando por proferir alguna palabra, y en aquel mismo instante sobrevino algo incomprensible, prodigioso, sobrenatural. En la mejilla izquierda me sopló un viento tibio, me sacudió con fuerza, y, sin más, ante mis ojos, en vez de aquel pálido rostro, tenía yo algo breve, romo, rojo, de donde manaba sangre, igual que de una botella destaponada, según las pintan en las muestras chapuceras de las tabernas. Y en aquel bulto pequeño, rojo y manando sangre, perduraba una sonrisita, una risa sin dientes..., una risa roja.

Conocía yo aquella risa roja. Buscaba y la encontré, aquella risa roja. Ahora comprendía lo que había en todos aquellos cuerpos mutilados, rotos, extraños. Era la risa roja. Estaba en el cielo, en el sol, y pronto se correría por toda la tierra aquella risa roja.

Y ellos seguían puntuales y tranquilos como dementes...

Fragmento III

... LOCURA y horror.

Cuentan que lo mismo en nuestro ejército que en el del enemigo fueron muchos los que se volvieron locos. Nosotros contábamos ya con cuatro dispensarios de psiquiatría. Cuando estuve en el Estado Mayor me los enseñó un ayudante.

Fragmento IV

... SE RETORCÍA como una serpiente. Veía cómo un alambre, aplastado por uno de sus extremos, cortaba el aire y envolvía a tres soldados. Sus púas desgarraban los uniformes, se hincaban en los cuerpos, y los soldados, lanzando furiosos gritos, empezaban a dar vueltas, y dos arrastraban tras de sí a un tercero, ya muerto. Luego, de los vivos solo quedaba uno, y este tiraba de los dos muertos, los cuales daban vueltas, se enredaban unos en otros y en él, y de pronto todos se quedaban inmóviles.

Decía que solo en aquella alambrada se habían registrado nada menos que dos mil bajas. Mientras cortaban el alambre y se enredaban en sus vueltas serpentinales, caía sobre ellos una lluvia continua de balas y granadas. Aseguraba él que aquello había sido espantoso y que aquel ataque habría terminado en una fuga de terror pánico si hubieran sabido adónde huir. Pero diez o doce hileras ininterrumpidas de alambradas y la lucha con ellas, todo un laberinto de madrigueras lobunas, con espirales hasta el fondo, mareaban tanto las cabezas que resultaba imposible orientarse.

Como a ciegas, cavaban en aquellas madrigueras profundas y se suspendían de los vientres, de las agudas rocas, sosteniéndose y bailando cual payasos; los aplastaban nuevos cuerpos, y a poco todo aquel pozo, hasta los bordes, se convertía en un montón informe de cuerpos vivos y muertos, revueltos y ensangrentados. Por todas partes se tendían hacia abajo los brazos, y los dedos se crispaban convulsivamente, cogiéndose a todo, y el que caía en aquella trampa ya no podía salir de ella; centenares de dedos, fuertes y ciegos como tenazas, asían de los pies, se agarraban a la ropa, tiraban de los hombres hacia ellos, clavábanse en los ojos, y ahogaban. Muchos, como borrachos, corrían derechos a la alambrada, se colgaban de ella y rompían a gritar, y así seguían hasta que las balas daban fin de ellos.

En general, todos producían la impresión de borrachos. Algunos blasfemaban de un modo horrible; otros reían a carcajadas cuando los alambres los cogían del brazo o de la pierna y morían en el acto. Él mismo, con todo y no haber bebido ni comido desde aquella mañana, se sentía muy raro; se le iba la cabeza, y a ratos el terror se le convertía en un entusiasmo salvaje: el entusiasmo del miedo.

Cuando alguno se ponía a cantar junto a él, lo secundaba y no tardaba en formarse todo un alegre coro. No recuerdo lo que cantaban, pero sí que era algo muy alegre yailable. Sí, cantaban, y todo en torno a ellos estaba rojo de sangre. El cielo mismo parecía rojo, y podía pensarse que en el Universo se había producido alguna catástrofe, alguna mutación extraña y se habían borrado todos los colores; se habían borrado el azul y el verde y los demás habituales y suaves colores, y el sol ardía con un rojo fuego de bengalas.

—Risa roja —dije yo.

Pero él no me comprendió.

—Sí, y se echaban a reír. Ya te lo he dicho. Como borrachos. Y hasta puede que

también bailasen. Por lo menos, las contorsiones de aquellos tres semejaban un baile. Recuerdo con toda claridad que, cuando le hirieron en el pecho, se tambaleó y cayó en tierra y todavía un rato, antes de perder el conocimiento, siguió agitando los pies, como si le marcara el compás a algún danzante. Y ahora recuerdo aquel ataque con un extraño sentimiento de miedo, por un lado, y por otro, como de deseo de volver a experimentar aquello mismo.

—¿Y otro balazo en el pecho? —le pregunté.

—No siempre atinan las balas. ¡Aunque no estaría mal eso de que le dieran a uno una cruz por valiente, camarada!

Estaba tumbado boca arriba, pajizo; nariz afilada, pómulos salientes y ojos hundidos... Estaba tendido lo mismo que un muerto y aún soñaba con cruces. Empezaba ya a supurar, tenía una fiebre alta; de allí a tres días tendrían que echarlo a la fosa, con los muertos, y él estaba allí tendido, y sonreía ensoñador y hablaba de cruces.

—¿Le pusieron a tu madre un telegrama? —le pregunté.

Me miró el intimidado, pero adusto y maligno, y no me respondió. Yo tampoco insistí, y pudieron oírse los quejidos de los heridos delirantes. Pero, al levantarme para irme, me apretó la mano con la suya que ardía, pero aún conservaba su fuerza, y con desolación y melancolía, fijó en mí sus hundidos y febriles ojos.

—¿Qué es esto? ¿Qué será? —me preguntó con timidez e insistencia, sin soltarme la mano.

—¿El qué?

—Pues, en general, todo esto. Ella me espera. Y yo no puedo... La patria. ¿Pero a ella le harás comprender qué es la patria?

—Risa roja —respondí.

—¡Ay! Tú todo lo tomas a broma. Pero yo hablo en serio. Es indispensable explicarlo...; pero ¿se lo podrás explicar a ella? ¡Si supieras lo que me escribe! ¡Lo que me escribe! Y, tú no sabes, ella tiene palabras... ¡canosas!... Pero tú —me miró con curiosidad a la cabeza, repiqueteó con los dedos y, rompiendo en una risa inesperada, dijo—: Te estás quedando calvo. ¿No lo has notado?

—Aquí no tenemos espejos.

—Aquí hay muchos calvos y muchos canosos. Oye, dame un espejo. ¡Dámelo! Siento que de la cabeza se me caen canas... ¡Dame un espejo!

Empezaba a delirar, lloraba y gritaba, y yo me retiré del lazareto. Aquella noche hicimos fiesta, una fiesta triste y extraña, en la que, en medio de los invitados, figuraban las sombras de los muertos. Acordamos reunirnos por la noche y tomar el té como en nuestra casa, como si estuviéramos de merienda, y nos agenciamos un samovar, y también un limón y vasos, y los pusimos bajo un árbol, como en casa, como de jira. Solos, en parejas o grupos de tres, fueron llegando los camaradas, y llegaban armando ruido, bromeando, hablando recio, llenos de alegre expectación; pero no tardaron en volverse taciturnos, evitando mirarse unos a otros, porque algo de

terrible tenía aquella reunión de supervivientes. Rotos, sucios, rascándose como si tuviesen sarna, con los pelos largos, flacos y consumidos, perdido el habitual y conocido aspecto, cual si no nos hubiéramos visto sino en torno al samovar, nos miramos y nos quedamos aterrados. Buscaba yo afanosamente, en aquel grupo de individuos confusos, las caras conocidas... y no acertaba a encontrarlas. Aquellos hombres inquietos, atropellados, de ademanes convulsivos, que temblaban a cada paso y constantemente parecían buscar algo a sus espaldas y se afanaban por llenar con su gesticulación exagerada el enigmático vacío, al que miraban de un modo terrible, eran unos hombres nuevos, extraños, a los que yo conocía. También su voz sonaba distinta, entrecortada, a empujones; pronunciaban trabajosamente las palabras, y a cada paso, sin venir a cuento, prorrumpián en gritos o en una absurda e incontenible risa. Todo también era extraño. Extraño el árbol, extraño el poniente y extraña el agua con su olor y sabor especiales, cual si juntamente con los muertos hubiésemos dejado la tierra y nos encontrásemos en algún otro mundo, un mundo de misteriosas apariencias y de adustas, hoscas sombras. La puesta del sol era amarillenta, fría; sobre nosotros gravitaban pesadas y negras nubes, sin el menor vislumbre de claridad, inmóviles, y debajo de ellas era negra la tierra, y nuestras caras, en aquella luz maligna, eran amarillas como las caras de los muertos. Mirábamos todos al samovar; pero este se apagaba, reflejaba en sus costados la amarillez y la amenaza del ocaso y también parecía extraño, muerto e incomprensible.

—¿Dónde estamos? —inquirió uno.

Y en su voz vibraban inquietud y temor.

Otro suspiró, otro chascó los dedos, otro se echo a reír y otro, finalmente, se levantó de un brinco y se puso a andar muy ligero en torno a la mesa. Ahora era frecuente el caso de esos individuos que echaban a andar ligeros, como si huyesen, y que tan pronto se quedaban extrañamente taciturnos como, de modo igualmente extraño, rompían a hablar desaforadamente.

—En la guerra —respondió aquel que se había echado a reír, y que ahora soltó también una carcajada seca y larga como si se ahogara con algo.

—¿Por qué se ríe? —exclamó uno, asombrado—. ¡Por favor, no siga!

El otro siguió aún riendo un instante, y en seguida, obediente, se calló. Había oscurecido; la nube se cernía sobre la tierra y nos costaba trabajo vernos las caras amarillas, espectrales. Uno preguntó:

—Pero ¿dónde está *Botik*?

Botik... Así llamábamos a un compañero, un oficialito que gastaba unas botas grandes, impermeables.

—Hace un momento estaba aquí. ¡*Botik*!, ¿dónde se ha metido?

—¡*Botik*, no se esconda! Hasta nosotros llega el olor de sus botas.

Todos nos echamos a reír, y cortando nuestras risas, desde lo oscuro sonó la voz ruda, destemplada:

—Basta; no sé cómo no os da vergüenza. A *Botik* lo mataron esta mañana en un reconocimiento.

—Pero ¡si hace un momento estaba aquí! Se trata de un error.

—Eso cree usted. A ver detrás del samovar; pártame en seguida ese limón.

—¡Y a mí! ¡Y a mí!

—El limón entero.

—Pero, señores —con pena, casi llorando, sonó una voz mansa y resentida—, yo solo he venido por el limón.

Rompió el otro nuevamente a reír de un modo seco y prolongado, y nadie hizo nada por cortarle la risa. Pero no tardó en callarse. Rió todavía un poquillo y luego se calló. Uno dijo:

—Mañana tenemos ataque.

Y algunas voces irritadas gritaron:

—No siga. ¿De qué ataque habla?

—Ya lo saben ustedes...

—Pare... ¿Es que no hay otra cosa de qué hablar? ¡Qué ocurrencia!

Extinguióse el ocaso. Se levantó la nube y pareció volverse más clara y se nos hicieron visibles los semblantes; y aquel que se había puesto a dar vueltas en torno a nosotros se tranquilizó y se sentó.

—¿Cómo lo pasarán ahora en casa? —preguntó vagamente uno.

Y en su voz sonaba como una risa culpable, sin saberse por qué.

Y de nuevo se volvió todo terrible y absurdo, y extraño todo, hasta el espanto, casi hasta perder la conciencia. Y, todos a una, rompimos a charlar y a gritar y a rebullirnos, moviendo los vasos, dándonos mutuamente palmadas en los hombros, en los brazos, en las rodillas..., y de repente también nos quedamos silenciosos, cediendo ante lo incomprensible.

—¿En casa? —gritó uno desde lo oscuro.

Sonaba su voz ronca de emoción, de miedo y de rabia, y le temblaba. Y no le salía ninguna palabra, cual si se le hubiese olvidado pronunciarlas.

—¿En casa? ¿Qué casa? Pero ¿es que en alguna parte hay casas? No me interrumpen, pues si no voy a empezar a tiros. En casa todos los días tomaba yo mi baño... ¿Comprenden ustedes?... Un baño con agua, con agua hasta los bordes. Y ahora no me lavo diariamente y tengo la cabeza llena de costra, como si fuera tiña; y todo el cuerpo me pica, y por todo él me corren los piojos... Voy a volverme loco de sentirme tan sucio, ¡y hablan ustedes de casa! Yo me hago a mí mismo la impresión de una bestia y me desprecio y me desconozco, y la muerte no me parece nada terrible. Sí, me destrozáis el cerebro con vuestra metralla; ¡el cerebro! Adondequiera que tiréis, todos vuestros proyectiles me dan a mí en el cerebro... ¡Y hablan ustedes de casa! ¿Qué casa? Calle, ventanas, gente; pero yo no saldría ahora a la calle... Vergüenza me daría. Han traído ustedes el samovar... Pues vergüenza me da mirarlo. Al samovar.

El otro volvió a reír. Alguien gritó:

—¡El diablo lo sabrá! ¡Yo me voy a casa!

—¿A casa?

—¡No comprende usted lo que es una casa!...

—¿A casa? ¡Oigan ustedes: quiere irse a su casa!

Estallaron en una carcajada general y un grito horrible..., y de nuevo todos callaron, rindiéndose a lo incomprensible. Y no yo solo, sino todos cuantos allí estábamos sentíamos eso. Se nos había acercado desde aquellos campos oscuros, misteriosos y extraños; se elevaba de las sordas y negras barrancas, donde acaso hubiese aún moribundos olvidados y perdidos en medio de las piedras; goteaba de aquel cielo extraño, invisible. En silencio, perdida la conciencia de puro terror, estábamos en torno al samovar, que se extinguía, y desde el cielo, fija y callada, mirábamos una enorme e informe sombra que gravitaba sobre el mundo.

De repente, a dos pasos de nosotros, probablemente en el puesto de mando, sonó una música y sus sonos, rabiosamente alegres y estruendosos, parecieron flamear en medio de la noche y el silencio. Con rabiosa y provocativa alegría sonaba aquella música atropellada, discordante, demasiado bronca, demasiado alegre, y parecía como si los que la tocaban y los que la oían vieses igual que nosotros aquella enorme e informe sombra levantándose sobre el mundo.

Y el cornetín de aquella orquesta parecía llevar ya, dentro de sí, en su cerebro, en sus oídos, aquella enorme y silenciosa sombra. Los intermitentes y desafinados sonos saltaban, brincaban y corrían no se sabía adónde, aparte de los otros, aislados, trémulos de terror, dementes. Y los demás sonos parecían solamente seguirlos con la mirada; y así, torpemente, tropezando, cayendo y levantándose, corrían en desperdigada tropa, demasiado fuertes, demasiado alegres, demasiado próximos a los negros barrancos, donde aún se morían hombres, olvidados y perdidos en medio de las piedras.

Y largo rato seguimos nosotros en torno al samovar, que se extinguía, y sin hablar palabra.

Fragmento V

... YA DORMÍA yo, cuando el doctor me despertó con unos golpecitos suaves. Grité, me desperté y salté del lecho, como hacíamos todos cuando nos despertaban, y salí a la puerta de la tienda. Pero el doctor me cogió fuerte del brazo y se disculpó:

—Le he dado un susto, perdone. Ya sé que quería dormir...

—Cinco días... —refunfuñé, cayéndome de sueño.

Y me parecía dormirme y despabilarme largo rato, cuando el doctor me dijo, zarandeándome con cuidado costado y piernas:

—Pero no tenía más remedio. Era absolutamente necesario. ¡Muy necesario, querido! A mí me parece... No puedo... A mí me parece que allí quedan todavía heridos...

—¿Qué heridos?... Usted se pasó todo el día recogéndolos. Déjeme en, paz. Eso no está bien; llevo cinco días sin dormir.

—¡No se enfade, querido! —murmuró el doctor, encasquetándome torpemente el gorro en la cabeza—. Todos duermen; no se les puede despertar. Yo he podido conseguir una locomotora y siete vagones; pero necesitamos gente. Sí, ya me hago cargo... ¡Por favor, querido! Todos duermen, todos se niegan. Yo mismo me caigo de sueño... No recuerdo ya la última vez que dormí. Creo que empiezo a tener alucinaciones. ¡Querido, vamos, eche un pie, uno solo! Así, eso es...

Estaba el doctor pálido y se tambaleaba, y era de presumir que con solo que se tendiese, se estaría durmiendo de un tirón varios días. Y por debajo de mí se movían los pies, y tengo la seguridad de que andaba dormido. Mientras, nos dirigíamos, de un modo tan súbito e inopinado, no sabía adónde. Y surgía ante mí una fila de negras siluetas... La locomotora y los vagones. Junto a ellos, lentos y silenciosos, vagaban unos cuantos hombres apenas visibles en la oscuridad. Ni en la locomotora ni en los vagones lucía un solo farol, y solo de la cerrada abertura del respiradero caía, sobre la vía, una vaga claridad rojiza.

—¿Qué es eso? —pregunté, deteniéndome.

—Es que vamos a viajar. ¿Se ha olvidado usted? Vamos de viaje —refunfuñó el doctor.

Era fría la noche y el doctor tiritaba, y al verlo a él, sentía yo también que todo el cuerpo me temblaba.

—¡El diablo que lo entienda! —grité recio—. ¿No podía usted haberse acordado de otro?...

—¡Silencio, silencio, por favor!

El doctor me cogió del brazo.

Alguien, desde la sombra, dijo:

—Si ahora disparasen al mismo tiempo todas las armas, ninguno se movería. También ellos duermen. Podemos llegar a cogerlos a todos prisioneros. Yo acabo de

pasar por delante del propio centinela. Me miró y no me dijo nada ni hizo ningún movimiento. Por lo visto, también se durmió. Gracias que se tenga en pie.

El que hablaba bostezó y le crujió la ropa; por lo visto, se había desperezado. Yo apliqué el pecho contra el borde del vagón para saltar a él, y en seguida me rindió el sueño. Alguien me aupó por detrás y me acomodó, y yo, no sé por qué, le di una patada y me quede dormido, y en el sueño oí fragmentos de un diálogo.

—Siete *verstas*^[9].

—Pero ¿se olvidaron de encender los faroles?

—No, él no viene.

—Dame acá. Ten un poco. Así.

Trepidaron los vagones, rechinó no sé qué. Y poco a poco, con aquellos ruidos y también por encontrarme tendido cómoda y tranquilamente, se me espantó el sueño.

Pero el doctor dormía, y al cogerle la mano, la tenía fría cual la de un muerto, lacia y pesada. Arrancó el tren lenta y cautamente, con leve traqueteo y como tanteando el camino. El estudiante-sanitario encendió en el farol una vela, que alumbró las paredes y el negro boquete de la puerta, y malhumorado, dijo:

—¡Qué diablo! Les hacemos mucha falta. Pero despiértele usted, antes de que se duerma del todo. Entonces ya no consigues nada; lo sé por experiencia.

Sacudimos al doctor, y este se sentó girando en torno suyo los asombrados ojos. Intentaba zafarse de nosotros, pero no lo soltamos.

—No nos vendría mal ahora un traguito de vodka —dijo el estudiante.

Tomamos un sorbo de coñac y se nos quitó del todo el sueño. La grande y negra puerta cuadrada se tiñó de rosa; luego, de rojo... No sé de dónde venía el resplandor enorme y silencioso de un incendio, y habríase dicho que había salido el sol en plena noche.

—Está lejos. A unas veinte *verstas*.

—Tengo frío —dijo el doctor, castañeteando los dientes.

El estudiante miró a la puerta y con la mano me llamó la atención. Miré; por distintos puntos del horizonte, formando una cadena silenciosa, se alzaban resplandores inmóviles semejantes al primero, cual si decenas de soles hubiesen salido al mismo tiempo. Y ya no estaba todo tan oscuro. Las colinas lejanas negreaban densamente, recortando con toda claridad una línea quebrada y aguanosa, y más acá todo aparecía envuelto en una luz roja, suave, silenciosa e inmóvil. Miré al estudiante; tenía toda su cara teñida de aquel mismo color espectral de sangre difundido en el aire y la luz.

—¿Muchos heridos? —le pregunté.

Él hizo un gesto con la mano.

—Muchos locos. Más que heridos.

—¿Locos de verdad?

—¡Y tan de verdad!

Me miró él, y en sus ojos se advertía el mismo espanto alelado, salvaje, frío, que

en los de aquel soldado que muriera de insolación.

—¡Cállese ya! —y aparté la vista.

—También el doctor se ha vuelto loco. No tiene más que mirarlo.

El doctor no oía. Estaba sentado con las piernas cruzadas, como se sientan los turcos, y movía la cabeza y agitaba los labios sin emitir ningún sonido, y también las yemas de los dedos. Y también mostraba en sus ojos aquella misma expresión alelada, vaga y confusa.

—Tengo frío —dijo, y sonrió.

—Bueno, ¡váyanse todos al diablo! —dije yo, y me aparté a un rincón del coche—. ¿Por qué me han llamado?

Nadie me respondió. El estudiante se puso a mirar aquel silencioso, creciente resplandor, y su cogote con el pelo rizado respiraba juventud, y al mirarlo yo, me imaginaba, no sé por qué, una fina mano femenil acariciando aquellos cabellos. Y esa evocación me resultaba tan desagradable, que empecé a tomarle rabia al estudiante y no podía mirarlo ya sin repulsión.

—¿Cuántos años tiene? —le pregunté.

Pero él no se volvió a mirarme ni me contestó.

El doctor se estremeció.

—Tengo frío.

—Cuando pienso —dijo el estudiante, sin volverse—; cuando pienso que por ahí, en algún sitio, hay calles, casas, universidad...

Se detuvo cual si ya lo hubiese dicho todo, y se calló. Casi de repente paró el tren, de forma que di un golpe contra la pared y oí una voz. Nos apeamos.

Al pie de la locomotora, en la vía, había tendido un bulto indefinible, algo así como un lío de ropa del que salían unos pies.

—¿Herido?

—No. Muerto. Tiene la cabeza cortada. Usted verá lo que hace; yo voy a encender el farol delantero. Si no, arrollaremos a otro.

Apartaron el envoltorio con los pies salientes a un lado de la vía y por un momento se levantaron los pies en alto, cual si quisieran correr por el aire, y todo desapareció en la negra cuneta. Encendieron el farol y volvió a negrear la locomotora.

—¡Oigan ustedes! —dijo alguien con quedo temor.

¡Cómo no lo habíamos oído antes! De todas partes —no se podía precisar bien el sitio— venía hasta nosotros un quejido acompasado, rechinante, asombrosamente tranquilo en su amplitud y hasta como indiferente. Muchos gritos y lamentos habíamos ya oído; pero ninguno era ni remotamente semejante al que ahora escuchábamos. En el espacio confuso, rojizo, no podían los ojos captar nada, y así parecía como si fuese la tierra o el cielo los que se quejasen, calcinados por un sol que no había salido.

—Cinco *verstas* —dijo el fogonero.

—De allí viene —dijo el doctor, tendiendo la mano hacia delante.

El estudiante dio un respingo, y lentamente se volvió a nosotros.

—Pero ¿qué es eso? ¡No hay quien lo aguante!

—Vayamos a ver.

Nos dirigimos a pie hasta más allá de la locomotora, y nuestros cuerpos proyectaban sobre la vía una larga e ininterrumpida sombra que no era negra, sino vagamente rojiza, de aquel mismo suave, inmóvil, color que silenciosamente teñía distintos extremos de negro cielo. Y a cada paso que dábamos crecía rabiosamente aquel quejido bárbaro, nunca antes oído, que no tenía origen visible, cual si lo lanzase el aire rojo, cual si fuesen la tierra y el cielo los que lo profiriesen. Con su continuidad y extraña indiferencia, recordaba por momentos el canto de los grillos en el prado, el monótono y vehemente canto de los grillos en los estivos campos. Y cada vez nos encontrábamos con más cadáveres. Los mirábamos furtivamente, y apartábamos de la vía aquellos indiferentes, tranquilos, inertes cadáveres, que habían dejado en el sitio donde estuvieron oscuros manchones grasientos de sangre coagulada; y al principio los contábamos, pero luego perdimos la cuenta y lo dejamos. Eran muchos..., demasiados para aquella noche furiosa, que respiraba frío y se quejaba en cada parte de su ser.

—¿Qué es esto? —gritó el doctor, y amenazó a alguien con el puño—. Escuchen...

Íbamos ya por la sexta *versta* y los quejidos se hacían más definidos, más claros y ya se presentían las contraídas bocas de donde salían. Temblando, mirábamos la rosada niebla, engañosa en su luz espectral, cuando, casi a nuestro lado, en la vía, abajo, alguien se quejó fuerte, con tono deprecante y lloroso. Inmediatamente encontramos a aquel herido, en cuya cara solo quedaban ojos —tan enormes parecían— cuando sobre él cayó la luz del farolillo. Dejó de quejarse y solo fijaba en nosotros y en el farol, alternativamente, sus ojos, y sus ojos expresaban la loca alegría de ver por fin gente y luz, y el loco espanto de que todo eso pudiera desvanecerse en un instante, como una visión. Es posible que ya antes hubiese soñado que se inclinaban sobre él gentes con farolillos y luego desaparecían en una vaga y cruenta pesadilla.

Seguimos adelante, y casi en seguida tropezamos con dos heridos; yacía el uno tendido en la vía; el otro se quejaba en la cuneta. Cuando los retiraron de allí, el doctor, temblando de rabia, me dijo:

—Bueno, ¿qué le parece?

Se volvió. Unos pasos más allá encontramos un herido leve que andaba por su pie, sosteniéndose un brazo con el otro. Venía, moviendo la cabeza, derechamente a nosotros, y pareció no advertir nuestra presencia cuando nos apartamos para dejarle paso. Hubiérase dicho que no nos había visto. Junto a la locomotora se detuvo un momento, dio un rodeo y siguió andando a lo largo de los vagones.

—¡Deberías sentarte! —gritó el doctor.

Pero él no respondió.

Eran los primeros que nos aterrorizaban. Pero luego, cada vez con mayor

frecuencia, los fuimos encontrando caídos en la vía y alrededor de ella, y todo aquel campo, teñido del inmóvil resplandor rojo de los incendios, se estremecía igual que un ser vivo y lanzaba recios gritos, clamores, maldiciones y lamentos. Aquellos bultos oscuros bullían y se arrastraban como amodorrados cangrejos sacados de las cestas, extraños, apenas semejantes a seres humanos en sus entrecortados y vagos movimientos y en su pesada inmovilidad. Callaban unos, resignados; otros se quejaban, nos pegaban y nos insultaban a nosotros, que íbamos a salvarlos, con tanta furia cual si fuéramos los creadores de aquella sangrienta, indiferente noche, y de la soledad que los rodeaba, en medio de la noche y los cadáveres, y de aquellas terribles heridas. Ya no había sitio en los coches y todas nuestras ropas estaban caladas de sangre, cual si largo rato nos hubiera llovido sangre; pero seguíamos trasladando heridos y seguían temblando de modo igualmente salvaje los animados campos.

Algunos se levantaban ellos solos; otros llegaban dando tumbos y cayéndose. Un soldado vino casi corriendo hasta nosotros. Tenía la cara destrozada y solo le quedaba un ojo, que le ardía en una llamarada salvaje y espantosa, y estaba casi en cueros, cual si saliese del baño. Tropezó conmigo, lanzó una mirada al doctor, y rápidamente, con su mano izquierda, le cogió del pecho.

—¡Voy a darte un puñetazo! —gritó.

Y zarandeándolo con rabia, añadió un cínico insulto:

—¡Te voy a dar un puñetazo! ¡Canalla!

Zafose el doctor, y abalanzándose al soldado, y furioso, le increpó:

—¡Y yo haré que te formen juicio sumarísimo, insolente! ¡Irás a la cárcel! Me impides trabajar. ¡Bruto! ¡Animal!

Los separamos; pero aún siguió el soldado largo rato gritando:

—¡Canalla! ¡Te voy a dar un puñetazo!

A mí se me habían acabado ya las fuerzas, y me aparté un poco, para fumar y descansar. La sangre coagulada me cubría la mano como un guante negro y me costaba trabajo mover los dedos, de entre los que se me escurrían el cigarrillo y las cerillas. Y cuando por fin logre encender el cigarrillo, su humo me pareció algo nuevo y raro, de un gusto enteramente especial, que nunca saboreara ni antes ni después. En esto, se acercó el estudiante-sanitario, el mismo que hasta allí viajara conmigo, pero a mí me parecía que ya lo conocía de muchos años atrás, aunque no podía recordar dónde lo hubiera conocido. Caminaba con paso firme, como de marcha, y miraba, por encima de mí, a algún punto lejano y alto.

—Están durmiendo —dijo, al parecer enteramente tranquilo.

Yo me puse encarnado, como si aquel reproche fuera conmigo.

—Olvida usted que llevan diez días batiéndose como leones.

—Pero ahora están durmiendo —repitió él, mirando al través y por encima de mí.

Luego se inclinó y, amenazando con el dedo y con la misma seca tranquilidad, continuó:

—Ya se lo dije a usted, ya se lo dije a usted.

—¿Qué?

Inclinose más hacia mí, amenazó significativamente con el dedo y repitió, como rematando una idea:

—Ya se lo dije a usted, ya se lo dije a usted. Transmítaselo.

Y mirándome con la misma gravedad y amenazando una vez más con el dedo, sacó el revólver y se disparó un tiro en la sien. Y aquello no me asustó ni chocó en absoluto. Con el cigarrillo en la mano izquierda, tanteé con el dedo la herida y me llegué al coche.

—El estudiante se ha pegado un tiro. Según parece, vive todavía —dije al doctor.

El doctor se llevó las manos a la cabeza y se lamentó:

—¡Que el diablo cargue con él!... Aquí no tenemos sitio. Ese también acaba de matarse. Le doy mi palabra de honor —gritó enojado y amenazante— de que yo también... Le ruego a usted que tenga la bondad de ir a pie. Aquí no hay sitio. ¡Y quéjese usted cuanto quiera!

Y sin dejar de gritar, se volvió del otro lado y yo me acerqué a aquel otro que acababa de matarse. Era, según creo, otro estudiante-sanitario. Estaba de pie, con la frente apoyada en la pared del coche, y el pecho le temblaba de sollozos.

—No siga usted —dije yo, rozando el trémulo hombro.

Pero él no se volvió ni respondió, y siguió llorando. Y también mostraba un cogote juvenil y también terrible, y se tenía de pie, tambaleándose absurdamente, como un borracho que va a vomitar. Su cuello manaba sangré..., probablemente se habría llevado a él las manos.

—Bueno, ¿qué?... —dije, impaciente.

Él se tiró del coche, y con la cabeza baja, senilmente encorvado, se dirigió no sé adónde en la oscuridad, lejos de todos nosotros. No sé por qué me fui tras él y ambos anduvimos largo rato, en dirección a un sitio apartado, lejos de los coches. Parecía llorar, y yo acabé por aburrirme y me entraron ganas de llorar también.

—¡Párese! —le grité, y me detuve.

Pero él siguió andando, arrastrando los pies, encorvado como un viejo, con sus hombros encogidos y arrastrando los pies. Pero no tardó en desaparecer en la rojiza bruma, semejante a una claridad y que nada alumbraba. Yo me quedé solo...

A la izquierda, ya lejos de mí, brillaba una hilera de vagas lucecillas. Era el tren en marcha. Yo me quedé allí solo, en medio de los muertos y moribundos. ¿Cuántos quedarían aún? Junto a mí, todo estaba inmóvil y muerto; pero allá, a lo lejos, los campos rebullían cual un ser vivo..., a no ser que así me lo pareciese a mí, por estar solo. Pero el quejido no se apagaba. Extendíase por la tierra, sutil, sin esperanza, semejante a un lloro de niño o el llanto o el chillido de abandonados y ateridos cachorrillos destripados. Cual aguda infinita aguja de hielo, hincábase en el cerebro y poco a poco movíase atrás y adelante..., atrás y adelante...

Fragmento VI

... ERAN LOS nuestros. En medio de aquel raro batiburrillo de movimientos que el último mes persiguió a ambos ejércitos, el nuestro y el enemigo, desbaratando todas las órdenes y todos los planes, teníamos la convicción de que sobre nosotros venía el enemigo, precisamente el cuarto cuerpo. Y ya estaba todo apercebido para el ataque, cuando algún individuo, con los gemelos, logró distinguir claramente nuestros uniformes, y tras diez minutos de duda, adquirió la feliz certidumbre de que eran de los nuestros. Y ellos también debieron de reconocernos, pues siguieron avanzando hacia nosotros con absoluta tranquilidad, y en ese tranquilo avance se traslucía la misma dichosa sonrisa nuestra, por el inesperado encuentro.

Y cuando empezaron a disparar estuvimos unos instantes sin comprender lo que aquello significaba, y aún seguíamos sonriendo... bajo toda una lluvia de metralla y balas que nos envolvía y de una vez se llevaba cientos de hombres. Alguien gritó que se trataba de un error, y —lo recuerdo muy bien— todos vimos que era el enemigo y aquellos uniformes los suyos, no los nuestros, y en seguida contestamos haciendo fuego. Al cabo de unos quince minutos de aquella extraña lucha, me destrozaron ambas piernas y no volví en mí sino ya en el lazareto, después de la amputación.

Pregunté cómo había terminado el combate, pero me dieron una respuesta evasiva, satisfactoria, de la que inferí que nos habían batido; y luego, aunque sin piernas, me entró alegría al pensar que ahora me mandarían a casa y que, a pesar de todo, vivía..., y viviría todavía mucho, siempre. Y solo al cabo de una semana pude conocer varios detalles, que también me inspiraron dudas y me infundieron un nuevo temor, hasta entonces no experimentado.

Porque sí, parece que eran de los nuestros..., y nuestras aquellas granadas lanzadas por nuestros cañones, manejados por nuestros artilleros, las que se me habían llevado ambas piernas. Y nadie podía explicar cómo ocurriera aquello. Algo había pasado, algo había enturbiado los ojos para que dos regimientos de un mismo ejército, a una *versta* de distancia uno del otro, hubiesen estado una hora entera tiroteándose, plenamente convencidos de habérselas con el enemigo. Y hablaban de aquel azar a regañadientes, a medias palabras, y —lo más notable de todo— se advertía que muchos de los que hablaban de eso aún no habían salido de su error. Aunque es lo más probable que lo reconociesen, pero pensasen que se había producido después, y que al principio habían tenido que habérselas realmente con el enemigo que se ocultó en algún sitio, aprovechándose de la general confusión, dejándonos bajo el fuego de nuestras propias descargas. Había quienes hablaban de eso con toda franqueza y daban explicaciones exactas que a ellos les parecían claras y verosímiles. Yo mismo no podría decir, ni aun en este momento, con entera seguridad, cómo se produjera aquel extraño error, pues pude ver con toda claridad al principio nuestros uniformes rojos y nada más que ellos, y solo más tarde distinguí

los anaranjados. Y todos olvidaron en seguida ese detalle; hasta tal punto lo olvidaron que hablaban de lo ocurrido como de un verdadero combate, y en este sentido se redactaron también y se enviaron muchas correspondencias, absolutamente sinceras, que yo leí ya en mi casa. El trato que a nosotros, los heridos en aquella acción, nos daban, resultaba al principio algo raro. Parecía como si nos tuviesen menos compasión que a los demás heridos, pero también esto duró poco. Y solo nuevos casos semejantes al referido, pues también en el ejército enemigo hubo dos regimientos que se estuvieron tiroteando mutuamente todo el día, y por la noche llegaron a la lucha cuerpo a cuerpo, me autorizan a pensar que allí, en nuestro caso, medió también una equivocación.

Nuestro doctor, el que me había amputado las piernas, un viejo seco, huesudo, que olía a yodoformo, a humo de tabaco y a ácido fénico, siempre sonriendo por entre sus bigotes amarillentos y canos, me dijo, guiñando el ojo:

—Tiene usted suerte en irse a su casa. Aquí va todo manga por hombro.

—¿Cómo es eso?

—Pues como se lo digo. Marcha mal. En mi tiempo iba mejor.

Había tomado parte en la última guerra europea, ocurrida casi un cuarto de siglo atrás, y solía recordarla con gusto. Pero esta no la entendía y, según pude observar, le tenía miedo.

—Sí, manga por hombro —suspiró frunciendo el ceño y ocultándose tras una nube de humo de tabaco—. Yo también me iría de aquí, si pudiera.

E inclinándose hacia mí, murmuró, por entre sus amarillos y tostados bigotes:

—No tardará en llegar el momento en que nadie pueda ya irse de aquí. Ni yo ni nadie.

Y en sus seniles ojos, próximos a los míos, pude ver aquella misma expresión alelada que en otros. Y algo terrible, insoportable, semejante al caer de mil edificios, pasó por mi mente, y helado de espanto, balbucí:

—Risa roja.

Y él fue el primero que me comprendió. Apresurose a asentir con la cabeza y confirmó:

—Sí. Risa roja.

Pegándose enteramente a mí y mirando a los lados, murmuró en tono magistral y moviendo la canosa barbita en punta, como hacen los viejos:

—No tardará usted en irse de aquí, se lo digo yo. ¿Ha visto alguna vez el barullo que reina en los manicomios? ¿No? Pues yo sí. ¡También allí los locos riñen como los cuerdos! ¿Comprende usted? ¡Como los cuerdos!

Y repitió aquella frase varias veces de un modo muy significativo.

—¿Cómo es eso? —pregunté, con el mismo hilo de voz y atemorizado.

—Sí. ¡Como los cuerdos!

—Risa roja —dije yo.

—Los amansan con agua.

Yo recordé la lluvia que así nos intimidó a nosotros, y me enojé:

—¡Usted ha perdido el juicio, doctor!

—No más que usted. Desde luego, no más que usted.

Se cogió con las manos sus agudas rodillas de viejo y se echó a reír, y mirándome por encima del hombro, conservando aún en sus secos labios ecos de aquella inopinada y pesada risa, me guiñó varias veces con picardía los ojos, cual si solo nosotros dos supiéramos algo muy cómico que nadie sabía. Luego, con la solemnidad de un profesor de magia que realiza alguno de sus trucos, alzó la mano, la dejó caer de plano, y con mucho tiento, con dos dedos solamente, rozó aquel sitio del cobertor bajo el cual debían haberse encontrado mis piernas si no me las hubiera amputado.

—¿Comprende usted esto? —preguntó con aire misterioso.

Luego, con la misma solemnidad y misterio, extendió la mano hacia la fila de camas en que yacían los heridos y repitió:

—¿Puede usted explicarme esto?

—Heridos —dije—. Heridos.

—Heridos —repitió él como un eco—. Heridos. Sin piernas, sin brazos, con el vientre desgarrado, con el pecho destrozado, con los ojos arrancados. ¿Comprende usted? Lo celebro. ¿Quiere decir que también lo comprende?...

Con una agilidad inesperada en un hombre de sus años, se agachó y se puso patas arriba; su blanco guardapolvo se le cayó abajo, su rostro enrojeció sanguinolento, y mirándome fijo con sus raros ojos invertidos, profirió con trabajo las siguientes entrecortadas palabras:

—Y esto..., ¿también lo comprende?

—No siga usted —balbucí, medroso—. Si no, grito.

Se levantó, adoptando su posición natural; sentose de nuevo a mi cabecera, y muy finchado, observó:

—Pues nadie lo comprende.

—Ayer hubo otra vez tiroteo.

—Sí... Y anteayer también lo hubo —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Yo quiero irme a casa —exclamé con ansia—. Doctor, yo quiero irme a casa. No puedo seguir aquí. Casi no creo ya que haya casas donde se está tan bien.

Él parecía pensar en las musarañas y no me contestó; yo me eché a llorar.

—Señor, no tengo piernas. ¡Con lo que me gustaba montar en bicicleta y andar y correr! Y ahora no tengo piernas. Sobre la pierna derecha mecía yo a mi hijo, y él se reía..., mientras que ahora... ¡Malditos seáis todos! ¿Cómo voy a andar? No tengo más que treinta años... ¡Malditos seáis todos!

Y yo sollozaba y sollozaba, recordando mis queridas piernas, mis ágiles y fuertes piernas. ¿Quién me las había quitado? ¿Quién se había atrevido a quitármelas?

—Oiga usted —dijo el doctor, mirando a otro lado—. Anoche pude verlo; nos trajeron un soldado que se había vuelto loco. Un soldado enemigo. Venía casi en cueros, rendido, magullado y hambriento como un animal; los pelos revueltos, como

los tenemos todos, y parecía un salvaje, un hombre primitivo, un mono. Aspeaba los brazos, hacía visajes, cantaba y gritaba y buscaba camorra. Le dimos de comer y lo echamos de aquí... al campo. ¿Qué hacer con ellos? Días y noches, cual harapientos y furiosos fantasmas, van y vienen por las lomas, vagando en todas direcciones, sin camino, sin meta, sin refugio. Gesticulan, ríen a carcajadas, gritan y canturrean, y cuando se encuentran, se disponen a acometerse, pero es posible que no se vean unos a otros y pasen de largo. ¿De qué viven? Probablemente de nada; pero también es posible que se alimenten de cadáveres, lo mismo que las fieras, lo mismo que esos perrazos gordos que se han vuelto bravíos y que toda la noche andan aullando por esas lomas. Por las noches, como pájaros desvelados por la tormenta, cual deformes mariposas, se reúnen junto al fuego, y basta encender una fogata contra el frío para que antes de la media hora ya haya en torno a ella docenas de esas siluetas crispadas, harapientas, salvajes, semejantes a monos arrecidos. A veces les disparan por equivocación, otras adrede, apurada la paciencia ante sus absurdos y sobrecogedores gritos...

—¡Yo quiero irme a mi casa! —grité, tapándome los oídos.

Y otra vez por entre algodones, sordas y fantasmales, llegaron a mi torturado cerebro nuevas palabras espantosas:

—... Abundan la mar. Mueren a centenares en los precipicios, en las trampas preparadas para los cuerdos y listos, en las alambradas erizadas de púas; se entremeten en los combates regulares, racionales, y se conducen como héroes..., siempre adelante, siempre intrépidos; solo que hartas veces acometen a los suyos. A mí me son simpáticos. Yo también hace un momento que perdí el juicio, y por eso me senté aquí y me puse a hablar con usted; pero cuando lo pierda del todo definitivamente, también me echaré al campo... Sí, me echaré al campo y formaré una partida..., formaré una partida y reuniré en torno mío a esos paladines, a esos caballeros sin miedo, y le declararé la guerra al mundo entero. En alegre pandilla, con músicas y cánticos entraremos en ciudades y aldeas, y por dondequiera que pasemos sembraremos también la alegría y todo se pondrá a dar vueltas y a bailar como el fuego. Aquellos que no mueran se unirán a nosotros, y nuestro bravo ejército irá engrosando como un alud y limpiará todo este mundo. ¿Quién dijo que no se podía matar, incendiar y saquear?...

Gritaba ya aquel loco doctor, y con sus gritos parecía despertar el dormido dolor de aquellos que tenían los pechos o vientres lacerados, y arrancados los ojos, y amputadas las piernas. Con un amplio, estridente y lloroso quejido llenó la sala, y de todas partes se volvieron a nosotros caras lívidas, amarillas, desfiguradas, sin ojos las unas, otras de tal monstruosidad prodigiosa que parecían haber venido del infierno. Y todos se quejaban y escuchaban, y por la puerta abierta cautamente miraba la negra e informe sombra que caía sobre el mundo, y el viejo loco seguía gritando, frotándose las manos:

—¿Quién dijo que no se podía matar, incendiar y saquear? ¡Nosotros mataremos

y saquearemos! Una alegre, divertida pandilla de bravos... Lo asolaremos todo: sus edificios, sus universidades y museos; chicos alegres, llenos de inflamada risa..., bailaremos sobre los escombros. Yo declaro a nuestra patria un manicomio; pero nuestros enemigos también son unos orates, así como todos cuantos hasta ahora no perdieron del todo la razón; y luego que grande, invencible, alegre, haya impuesto mi imperio al mundo y reine sobre él como único señor... ¡qué risa tan alegre retumbará en todo el universo!

—¡Risa roja! —grité yo, interrumpiéndole—. ¡Sálvese! ¡Vuelvo a oír la risa roja!

—¡Amigos! —continuó el doctor, volviéndose a aquellas sombras lamentosas y monstruosas—. ¡Amigos! Tendremos una luna roja y un sol rojo, y las fieras lucirán una alegre piel roja, y les arrancaremos la piel a las que la tengan demasiado blanca, demasiado blanca... ¿No ha probado usted a beber sangre? Resulta algo viscosa, algo caliente; pero es roja ¡y tiene una tan alegre risa roja!...

Fragmento VII

... AQUELLO era irreligioso, arbitrario. A la Cruz Roja la respeta todo el mundo como sagrada, y ellos veían que aquel tren no conducía soldados, sino heridos inofensivos, y debían haber advertido de la colocación de la mina. ¡Y aquellos infelices que ya soñaban con su casa!...

Fragmento VIII

... EN TORNO al samovar, en torno a un verdadero samovar, que echaba humo como una locomotora, y que hasta empañaba un poco el cristal de la lámpara con su vaho. Y las tacitas eran las mismas, azules por fuera y blancas por dentro, unas tacitas muy monas, que eran regalo de boda. Regalo de mi cuñada, una mujer excelente y bondadosa.

—¿Están todas? —pregunté con recelo, echando el azúcar en la taza con la pulcra cucharilla de plata.

—Sí, menos una que se rompió —dijo distraídamente mi mujer, que en aquel momento tenía el grifo del samovar abierto y del cual caía el agua hirviendo.

Yo me eché a reír.

—¿Por qué te ríes? —inquirió mi hermano.

—Por nada. Bueno; llevadme otra vez a mi cuarto. Tomaos esa molestia por un héroe. Hasta ahora habéis estado haciendo el vago sin mí; ¡ahora, basta, yo os espabilaré!

Y por broma, desde luego, me puse a cantar:

«A luchar como bravos vayamos, camaradas, aprisa, a luchar...».

Comprendieron ellos la broma y sonrieron también; mi mujer fue la única que no levantó la cabeza; estaba limpiando las tacitas con un primoroso pañito bordado. En mi cuarto, volví a ver el empapelado azul, la lámpara con su pantalla verde y la mesita de noche, con la botella del agua. Y estaba un tanto polvorienta.

—Échenme un poco de agua, de esa —grité alegremente.

—Acabas de tomar el té.

—No importa, no importa. ¡Échenme agua! Y tú —le dije a mi mujer—, coge al niño y estate aquí un ratito conmigo. Anda, dame ese gusto.

Y a sorbitos, saboreándola, me bebí el agua; pero mi mujer y el niño estaban en el cuarto contiguo y no los veía.

—Así esta bien. Ahora venid acá. Pero ¿por qué no está ya acostado?

—Es que se alegra mucho de que hayas vuelto. ¡Anda, rico, ven con papá!

Pero el chico se echó a llorar y se escondió entre las faldas de la madre.

—¿Por qué llora? —pregunté yo, y miré en torno mío—. ¿Por qué estáis todos tan pálidos y callados y os movéis a mi alrededor como sombras?

Mi hermano se echó a reír fuerte y dijo:

—No estamos callados.

Y mi hermana repitió:

—Nos pasamos charlando todo el tiempo.

—Voy a ocuparme de la cena —dijo la madre.

Y se salió aprisa de la habitación.

—No; estáis muy callados —insistí con inesperada convicción—. Desde esta

mañana no os he oído ni una sola palabra; yo he sido el único que aquí ha hablado y reído y alborotado. ¿Es que no os alegráis de verme? ¿Y por qué todos evitáis mirarme? ¿Tanto he cambiado? Sí, claro que habré cambiado... No me he mirado al espejo... ¿Los habéis quitado de en medio? Pues dadme acá uno...

—En seguida te lo traemos —respondió mi mujer.

Y pasó largo rato sin que volviera. Fue la criada quien me trajo el espejo. Me miré en él —ya me había visto en el coche, en la estación— y tenía la misma cara de siempre, un poco más avejentada, pero nada más. Pero ellos esperaban, no sé por qué, que yo rompiera a gritar y me desmayara; así que se alegraron la mar cuando, con toda tranquilidad, pregunté:

—¿Qué tengo de raro?

Rieron todos, fuerte; mi hermana se retiró aprisa, y mi hermano dijo con tranquilo aplomo:

—Sí. Apenas si has cambiado. Se te ha caído un poco el pelo...

—Demos gracias porque he conservado la cabeza —respondí indiferente—; pero ¿adónde se han ido esas? Primero la una y luego la otra. Condúceme a las habitaciones. ¡Oh, qué sillón más cómodo y silencioso! ¿Cuánto os ha costado? Pero a mí ya no me duele el dinero; pienso comprarme unas piernas... mejores todavía. ¡La bicicleta!

Colgaba todavía de la pared, enteramente nueva, solo que con los neumáticos desinflados. El de la rueda trasera tenía adherido un poco de barro de la última vez que en ella montara. Mi hermano guardaba silencio y no movía el sillón, y yo comprendí aquel silencio y aquella indecisión.

—En nuestro regimiento solo quedaron con vida cuatro oficiales —dije malhumorado—. Puedo considerarme muy dichoso... Pero mañana llévatela.

—Está bien, me la llevaré —dijo mi hermano—. Pero tú has tenido suerte. Aquí media ciudad está de luto. Claro que... las piernas...

—Desde luego. Pero como no soy cartero...

De pronto, mi hermano se detuvo y preguntó:

—Pero ¿por qué te tiembla tanto la cabeza?

—¡Bah! Eso no tiene importancia. El doctor me dijo que ya se me quitaría.

—Y también las manos, ¿por qué te tiemblan?

—Sí, también me tiemblan las manos. Pero ya se me quitará. Pero condúceme, que me aburro de estar parado.

Me ponían nervioso con su descontento, pero recobré el buen humor cuando me arreglaron la cama, una verdadera cama, en un lindo lecho que habían comprado antes de la boda, cuatro años antes. Tendieron unas sábanas limpias, luego colocaron las almohadas, abrieron el embozo, y yo asistía a aquella solemne ceremonia y a mis ojos asomaban lágrimas de alegría.

—Ahora desnúdame y acuéstame —le dije a mi mujer—. ¡Oh, y qué gusto!

—Ahora mismo, querido.

—¡En seguida!

—Sí; en seguida, querido.

—Pero ¿qué haces?

—En seguida, querido.

Estaba en pie a mi espalda, junto al tocador, y yo volví la cabeza para verla. Y de pronto, fue ella y lanzó un grito, un grito de esos que solo se oyen en la guerra.

—¿Qué es eso?

Y abalanzose sobre mí y me abrazó y cayó, ocultando la cabeza en las mutiladas piernas, y se apartó de ellas con horror, y otra vez volvió a caer y se puso a besarme aquellos muñones, sin dejar de llorar.

—¡Con lo que tú eras! ¡Como que solo tienes treinta años! ¡Qué joven y qué guapo! Y ahora, ¡oh, y qué cruel es la gente! ¿Por qué esto? ¿A quién le hacía falta esto? ¡Oh, mi bueno, mi pobre, mi querido... querido...!

Al oír aquel grito habían acudido todos, la madre, la hermana y la niñera, y todas lloraban y decían no sé qué, y llorando daban vueltas en torno a mis muñones. Y en el umbral estaba en pie mi hermano, pálido, lívido, con las mandíbulas temblándole, y con voz chillona gritó:

—¡Vais a volverme loco entre todos! —¡Vais a volverme loco!

Mi madre se asió a mi cochecillo y dejó de llorar; pero estertoreaba y se daba de cabezadas contra las ruedas. Y toda limpita, con las almohadas mullidas y el embozo abierto, estaba allí la cama, la misma cama que yo había comprado cuatro años antes, cuando me casé...

Fragmento IX

... ESTABA YO en el baño de agua caliente, en tanto mi hermano iba y venía, intranquilo, por el reducido aposento, y ora se sentaba, ora volvía a levantarse, cogía el jabón, la sábana, acercándoselos a sus ojos miopes, y de nuevo volvía a dejarlos. Se volvió luego de cara a la pared y, repiqueteando con los dedos en el estuco, siguió diciendo, con vehemencia:

—Juzga tú por ti mismo: no se puede impunemente estarse inculcando durante decenas y centenares de años piedad, razón, lógica..., formar una conciencia. Ante todo, la conciencia. Cabe no tener piedad, volverse insensible, acostumbrarse a ver sangre y lágrimas y dolores, como los matarifes o algunos cirujanos o los militares; pero ¿cómo es posible, después de haber comprendido la verdad, renegar de ella? En mi opinión, es imposible. Desde la infancia me enseñaron a no maltratar a los animales, a ser compasivo, y eso mismo me enseñaron cuantos libros leía; y yo siento una piedad lacerante por todos cuantos sufren en esta guerra maldita. Pero hete aquí que pasa el tiempo y empiezo ya a habituarme a todos estos horrores, sufrimientos y efusiones de sangre; siento que aún en la vida corriente tengo menos sensibilidad que antes, y solo reacciono ante las impresiones muy fuertes; pero a lo que no puedo acostumbrarme es al hecho mismo de la guerra. Mi razón se niega a comprenderlo y a explicarse lo que en el fondo es absurdo. Millones de hombres, juntándose en un mismo sitio y tratando de dar visos de justicia a sus actos, se matan unos a otros y padecen ambos los mismos dolores, y ambos son igualmente desdichados... ¿Qué es eso sino pura vesania?

Se volvió mi hermano y me miró inquisitivamente con sus miopes ojos, un tanto arrasados en lágrimas.

—Risa roja —respondí alegremente, batiendo palmas.

—Tienes razón —dijo mi hermano, y posó su mano fría sobre mi hombro; pero como si se asustara de sentirlo desnudo y mojado, rápidamente la retiró—. Tienes razón: yo temo mucho perder el juicio. No acabo de entender nada de cuanto pasa. No lo puedo comprender, y eso es horrible. ¡Si alguien me lo pudiera explicar! Pero no hay nadie que pueda. Tú has estado en la guerra, tú la has visto... ¡Explícamelo!

—¡Que te lo explique el diablo! —respondí en tono de broma, chapoteando en el agua.

—Ahí tienes; tú también... —dijo, compungido, mi hermano—. No hay quien pueda valerme. Es espantoso. Y yo no sé ya distinguir lo que es lícito y lo que no lo es; lo que es racional y lo que es absurdo. Si ahora yo te cogiese del cuello, primero despacito, como haciéndote una caricia, y luego más fuerte, y te estrangulase... ¿Qué sería eso?

—Dices desatinos. Eso no hay quien lo haga.

Mi hermano se frotó las frías manos, sonrió levemente y siguió diciendo:

—Cuando aún estabas allá, había noches en que yo no dormía, no podía pegar un ojo, y entonces se me ocurría una idea extraña: coger un hacha e irme allá y matarlos a todos: a mamá, a la hermana, a la criada y hasta al perro. ¡Claro que no pasaba de la intención y que nunca lo haría!

—Eso espero —sonreí, mientras seguía trajinando con el agua.

—Y también me dan miedo los cuchillos, sobre todo los afilados y brillantes; me parece que si llegara a coger uno en mi mano, le cortaría a alguien el cuello. Pues verdaderamente, ¿por qué no degollar cuando se tiene un cuchillo afilado?

—Razón suficiente. Pero ¡qué raro eres, hermanito! Échame un poco más de agua caliente.

Mi hermano hizo girar el grifo y prosiguió:

—También me inspiraban temor los grupos de gente, cuando se reúnen muchos. Cuando por las tardes oigo el rumor callejero, los gritos fuertes, me entra un sobresalto y pienso que ya se ha armado... la degollina. Siempre que varios individuos se plantan unos frente a otros y yo no oigo lo que dicen, en seguida me figuro que van a salir gritando y a agredirse y que se va a armar la sarracina. ¿Y sabes una cosa? —dijo, pegando sus labios misteriosamente casi a mis oídos—. Pues que los periódicos vienen llenos de noticias de asesinatos, de asesinatos muy raros. Es una bobada eso que dicen de que hay muchos hombres y muchas inteligencias... En la Humanidad no hay más que una razón, y esa empieza a embotarse. Tócame la cabeza, ¡mira cómo me arde! Fuego tengo en ella. Pero a veces se me queda fría y todo ahí se me congela, se me vuelve un témpano de hielo terrible, mortal. Por fuerza he de volverme loco... No te rías, hermano... Tengo que volverme loco. Llevas un cuarto de hora en el baño; ya está bien.

—Un poquito más. Un minuto.

¡Estaba tan a gusto en el baño, como antes, escuchando una voz conocida, sin reparar en las palabras, viendo todo aquello que me era familiar, sencillo, corriente! El grifo de metal, ligeramente verdoso, la máquina fotográfica, las paredes con los dibujos consabidos, dispuestos con orden sobre las estanterías. Volveré a ocuparme en fotografía y sacaré vistas de paisajes sencillos y tranquilos y retratos del niño, de cómo anda y se ríe y diablea. Eso puede hacerse, aunque no se tengan piernas. Y volveré a escribir sobre libros interesantes, sobre los nuevos triunfos del pensamiento humano, sobre la belleza y el mundo.

—¡Ja..., ja..., ja! —reí ruidosamente, batiendo palmas.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi hermano, asustado y pálido.

—Nada. Que estoy muy a gusto en casita.

Me sonrió como a un niño, como a un hermano menor, aunque era yo quien le llevaba a él tres años, y se quedó pensativo, como una persona muy mayor, como un viejo, por cuya mente cruzan grandes, pesados y viejos pensamientos.

—¿Adónde ir? —dijo, encogiéndose de hombros—. Todos los días, alrededor de la una, vienen los periódicos, y toda la Humanidad se estremece. Esa sensación

simultánea, esas ideas, esos dolores y espantos me sacan a mí de quicio y me ponen... como una astilla en el agua, como un átomo de polvo en un torbellino. Me arranca bruscamente de lo habitual, y todas las mañanas hay un momento en que gravito en el aire sobre el negro abismo de la locura. Y yo caigo en él y no tengo más remedio que caer. Tú aún no lo sabes todo, hermano. Tú no lees los periódicos, muchas cosas se te escapan... ¡Tú aún no lo sabes todo, hermano!

Y yo tomaba un poco a broma lúgubre lo que él me decía... Era el destino de cuantos en su locura se aproximan a la locura de la guerra y nos avisan. Tomaba yo aquello a broma, cual si olvidase en aquel momento, sumergido en el agua caliente del baño, todo cuanto allí había visto.

—Bueno, pues que no lo sepa; pero ahora lo que necesito es salir del baño —dije con desenfado.

Y mi hermano sonrió y llamó al criado, y entre los dos me sacaron del baño y me vistieron. Tomé luego una taza de oloroso té en mi vaso tallado y me dije a mí mismo que también sin piernas se podía vivir; y después me llevaron a mi cuarto, junto a mi mesita, y me dispuse a trabajar.

Antes de la guerra, trabajaba en una revista, en la que escribía artículos sobre las literaturas extranjeras; y ahora, cerca de mí, al alcance de mi mano, tenía una pila de aquellos dilectos, bellísimos libros, encuadernados en amarillo, azul y color canela. Sentía un placer tan grande, una alegría tan profunda, que tardaba en decidirme a empezar la lectura y me limitaba a hojear los libros, acariciándolos tiernamente con mis manos. Sentía cómo en mi rostro se dibujaba una sonrisa, probablemente una sonrisa harto estúpida, pero que no podía reprimir, recreándome en la contemplación de las cabeceras y viñetas y en aquellos dibujos de una tan sencilla belleza. ¡Cuánto sentimiento y cuánta belleza en todo aquello! ¡Cuántos hombres tienen que trabajar, indagar y hacer derroche de talento y gusto, para crear aunque solo fuera esas letras tan sencillas y elegantes, tan armoniosas y elocuentes, en sus seductores trazos!

—Ahora hay que trabajar —dije yo seriamente, por respeto al trabajo.

Y cogí la pluma para empezar un capítulo, y cual una rana prendida en un bramante, se agitó sobre el papel mi mano. Resbalaba sobre este la pluma, se afianzaba, se sostenía e irresistiblemente se torcía a un lado y trazaba unas líneas informes, desgarradas, crispadas, carentes de idea. Y yo no gritaba ni me movía, sino que me transía de frío y desfallecía con la conciencia de una terrible, inminente verdad; y saltaba mi mano sobre el papel claro y reluciente, y cada uno de sus dedos temblaba con tal desesperado, vivo y loco terror, cual si aquellos dedos estuvieran aún allá en la guerra, y vieran llamas y sangre, y escucharan quejidos y lamentos de un dolor indecible. Apartábanse de mí, vivían, volvíanse orejas y ojos aquellos dedos, que temblaban de un modo absurdo; y yo, desfallecido, sin fuerzas para gritar y moverme, los seguía con bárbara danza sobre el pulcro papel, brillante de blanco.

En la casa reinaba el silencio. Pensaban todos que estaba trabajando y cerraron todas las puertas, para que ningún ruido viniera a distraerme, y yo estaba solo,

privado de la posibilidad de moverme, sentado en mi cuarto, y miraba dócilmente cómo me temblaban las manos.

—Eso no importa —dije en voz alta, y en el silencio y la soledad de la habitación sonó mi voz bronca y desagradable como la voz de un loco—. Eso no importa. Dictaré. También Milton estaba ciego cuando escribió su *Paraíso recobrado*. Puedo pensar, y eso es lo importante, eso es todo.

Y me puse a idear una larga e inspirada frase sobre Milton ciego; pero las palabras se me embrollaban, se deslizaban incoherentes, y al llegar al final de la frase, ya se me había olvidado el principio. Trataba de recordar aquel principio, el porqué había ideado aquella frase extraña, absurda, sobre el tal Milton..., y no podía.

—*El paraíso recobrado. El paraíso recobrado* —repetía yo, y no entendía lo que aquello significaba.

Y entonces caí en la cuenta de que, en general, se me habían olvidado muchas cosas, que estaba terriblemente distraído y confundía las caras conocidas; que hasta en la conversación más trivial no atinaba con las palabras, y a veces, aun recordándolas, no comprendía su significado. Con toda claridad se me representó mi estado actual; algo extraño, breve, truncado como mis piernas, con claros y vacíos enigmáticos...; largas horas de perder la conciencia o el sentimiento y de las que luego no conservaba la menor memoria.

Iba a llamar a mi mujer, pero había olvidado cómo se llamaba, lo que ya no me chocaba ni asustaba. En voz baja murmuré:

—¡Mujer!

La torpe palabra, desusada en mi trato con mi mujer, sonó débilmente y desmayó, sin provocar respuesta. Y todo estaba en silencio. Temían todos en la casa estorbar mi trabajo con algún ruido imprudente y reinaba el silencio. Parecía mi cuarto el despacho de un hombre culto, que con toda comodidad y tranquilidad se dispone a la creación y al triunfo. «Queridos míos, cómo se desviven por mí», pensé, enternecido.

... Y la inspiración, la inspiración sagrada, descendió sobre mí. Ardía el sol en mi cabeza, y sus ardientes rayos de luz creadora difundíanse por todo el mundo, derramando colores y cantos. Y toda la noche me la pasé escribiendo, sin sentir el menor cansancio, volando libremente en alas de la poderosa y sagrada inspiración. Escribí algo grande, escribí algo inmortal... Colores y cantos... Colores y cantos...

PARTE SEGUNDA

Fragmento X

... AFORTUNADAMENTE, falleció la semana pasada, el viernes. Repito que fue una suerte para mi hermano. Sin piernas, temblándole el cuerpo y con el alma destrozada, en su loco arrebatado de creación era algo horrible y lamentable. Desde aquella noche tremenda se estuvo dos meses enteros escribe que te escribe, sin parar, sin levantarse del asiento, negándose a comer, llorando y blasfemando cuando, por un breve rato, lo apartábamos de la mesa. Con extraordinaria rapidez, llevaba la seca pluma por el papel, llenando hoja tras hoja y sin dejar de escribir y escribir. Privábase del sueño, y solo un par de veces logramos acostarlo por unas horas en la cama, gracias a una fuerte dosis de narcótico; pero al final, ya este resultó impotente para contener aquel su loco impulso de creación. Por su expreso deseo, teníamos todo el día cerradas las ventanas y la lámpara encendida, dando la ilusión de la noche, y él fumaba, empalmando los cigarrillos, y escribía. Al parecer, era feliz y nunca viera yo en los individuos sanos una cara tan iluminada, la cara de un profeta o de un gran vate. Había enflaquecido mucho, hasta adquirir la cérea transparencia de un cadáver o de un asceta, y todo el pelo se le había vuelto blanco; y eso que al empezar aquel trabajo absurdo era todavía relativamente joven, y al terminarlo... era ya todo un viejo. A veces se ponía a escribir más aprisa que de costumbre, y la pluma tropezaba en el papel y se despuntaba, pero él no se daba cuenta de ello; en tales momentos, no se le podía tocar ni con el más leve roce, pues en seguida le daba un ataque, y lloraba y reía al mismo tiempo; otras veces, muy raras por cierto, respiraba beatífico y se ponía a hablar conmigo muy afable, haciéndome siempre las mismas preguntas: quién soy yo, cómo me llamo y si hace mucho me ocupo en literatura.

Después, afectando benevolencia, me contaba, siempre con las mismas palabras, que había pasado un susto ridículo, que creía haber perdido la memoria y no poder trabajar, pero que en seguida había ahuyentado esa absurda aprensión, al dar comienzo a su grande e inmortal trabajo sobre los colores y los cantos.

—Claro que no cuento con que me hagan justicia mis contemporáneos —decía con orgullo y modestia al mismo tiempo, posando sus manos trémulas sobre las hojas en blanco—; pero la posteridad, sí, la posteridad comprenderá mi idea.

De la guerra, ni una vez hizo mención, así como tampoco de su mujer, ni de su hijo; aquella labor interminable, espectral, absorbía tan por entero su atención, que apenas si se fijaba en otra cosa que no fuera ella. En su presencia podía uno andar, hablar, sin que él lo notase, ni por un momento perdiera su rostro la expresión de una tensión terrible y de la inspiración. En el silencio de la noche, cuando todos dormían y solo él seguía trenzando incansablemente el infinito hilo de la locura, estaba imponente, y yo y la madre éramos los únicos que nos atrevíamos a acercarnos a él. En una ocasión intenté darle, en vez de la pluma seca, un lápiz, pensando que quizá así escribiese algo de veras, pero solo quedaron en el papel unas líneas informes,

rotas, torcidas, carentes de sentido.

Y así, trabajando, se murió una noche. Conocía yo muy bien a mi hermano, y su locura no fue para mí ninguna sorpresa; su apasionada ilusión de trabajar, que ya manifestaba en sus cartas de la guerra y que fue el sostén de su vida cuando de allá volvió, no podía menos que estrellarse ante la impotencia de su cerebro agotado y resentido, provocando la catástrofe. Pienso también que acerté a adivinar todas las consecuencias de las emociones que lo condujeron a la muerte aquella noche fatídica. En general, todo lo que aquí he escrito de la guerra, transcribiendo palabras de mi difunto hermano, resulta con frecuencia harto deslavazado e incoherente; solo algunos cuadros aislados se le habían quedado tan hondamente grabados en la memoria, que he podido transcribirlos casi con las mismas palabras con que él me los refiriera.

Yo le tenía mucho cariño, y su muerte pesa sobre mí como una piedra y aplana mi cerebro con su absurdidad. A esta cosa incomprensible que envuelve mi cabeza como una telaraña, su muerte ha venido a añadir como un dogal que me la oprime fuerte. Toda nuestra familia se ha ido a la aldea, con los parientes, y yo soy el único que ahora queda en la casa, en esta villa que tanto amaba mi hermano. Despedimos a la servidumbre, y el portero de la casa contigua es quien viene por las mañanas a encender la estufa; pero el resto del tiempo estoy solo y me parezco a una mosca cogida entre las dos hojas de una ventana: lucho y tropiezo con un obstáculo diáfano, pero indeterminado. Y siento, sé, que no he de irme de esta casa. Ahora que estoy solo, la guerra me obsesiona como un enigma indescifrable, un terrible fantasma que no puedo revestir de cuerpo. Le doy todas las formas posibles: un esqueleto sin cabeza, jinete en un caballo, una sombra informe que se engendra en las nubes y sin ruido abarca la tierra; pero ninguna de esas imágenes me responde a mis preguntas ni borra ese frío espanto que continuamente hace presa en mi espíritu. No comprendo la guerra, y voy a terminar volviéndome loco, como mi hermano, como centenares de personas que vienen de allá. Pero eso no me asusta. Perder el juicio pareceme a mí algo honrado, como la muerte del centinela en su puesto. Mas la expectación, esa lenta e inevitable inminencia de la locura, ese momentáneo sentimiento de algo enorme cayendo en un precipicio, ese dolor insoportable de los pensamientos embrollados... Mi corazón desfallece, se me muere, y no hay para él nueva vida; pero la idea... esa aún vive, aún lucha, fuerte antaño como Sansón y hoy desvalida y débil como un niño... ¡Oh, y qué pena me da mi pobre idea! A ratos, no puedo soportar más los cercos de esas férreas argollas que me destrozan el cerebro; me entran impulsos frenéticos de lanzarme a las calles, a las plazas, donde se reúne la gente, y gritar: «Poned término ahora mismo a la guerra, o si no...».

Pero ¿qué «si no»? ¿Acaso hay palabras que puedan hacerlos entrar en razón, palabras que no impliquen otras igualmente amenazadoras y falaces? ¿O me echaría de rodillas a sus plantas y empezaría a llorar? Pero si ya cientos de miles de lágrimas han anegado el mundo, ¿y qué se ha conseguido? ¿O me suicidaría allí mismo, ante

sus ojos? ¡Matarse! Pero ¿no mueren diariamente miles de criaturas? ¿Y qué se consigue con eso?

Y cuando de ese modo pienso, siento mi impotencia, me domina una furia demente, la demencia de esa guerra que aborrezco. Querría, como el doctor de marras, quemarles sus casas con sus tesoros y sus mujeres y sus hijos, envenenar las aguas que beben, levantar a todos los muertos de sus tumbas y arrojarlos a sus inmundas moradas, a sus lechos. Y que duerman allí con ellos, como si fueran sus esposas o sus queridas.

¡Oh, si yo fuera el diablo! Todo el espanto que el infierno respira lo trasladaría yo a su tierra; me convertiría en señor de sus sueños y cuando, bostezando con una sonrisa, santiguasen a sus hijos..., surgiría de pronto, todo negro, ante ellos...

Sí, no tengo más remedio que volverme loco; pero cuanto antes, mejor. Cuanto antes...

Fragmento XI

... PRISIONEROS, una partida de hombres trémulos, asustados. Cuando los bajaron del tren, aquella pandilla empezó a aullar..., a aullar como un enorme perro rabioso, mal sujeto por la cadena. Aullaba y callaba, jadeando pesadamente; pero seguían adelante en compacta masa, las manos metidas en los bolsillos, con una adúlona sonrisa en sus pálidos labios; y sus piernas avanzaban cual si por detrás fueran a hostigarlos, dándoles palos en las corvas. Pero uno de ellos marchaba algo aparte, tranquilo, serio, sin sonreír, y cuando mis ojos se tropezaron con los suyos, negros, pude leer en ellos un odio franco y sin tapujos. Pude ver claramente que me despreciaba y esperaba de mí todo lo malo; si yo en aquel momento lo hubiese matado, según estaba, inerme, creo que no habría gritado ni hecho nada por defenderse ni justificarse... Esperaba de mí todo lo malo.

Corrí con la gente para ver una vez más aquellos ojos, y lo logré cuando ya los metían en la casa. Entró el último, dejando pasar delante a sus camaradas, y una vez más me miró. Y pude ver en sus negros y grandes ojos sin pupilas tanto dolor, tal abismo de espanto y locura, cual si hubiese mirado al ser más desdichado de este mundo.

—¿Quién es ese? —pregunté a uno de los del convoy.

—Un oficial. Loco. Hay muchos así.

—¿Cómo se llama?

—No ha querido decirlo. Los otros no lo saben. Es un descarriado. Ya se libró una vez del nudo corredizo cuando tenía la cuerda al cuello...

Y el soldado hizo un gesto vago y desapareció tras la puerta.

Pero ahora, en la noche, pienso en él. Está solo entre enemigos, a los que cree capaces de todo, y sus compañeros no lo conocen. Calla y aguarda paciente a poderse ir, del todo, de este mundo. No creo que sea un loco ni tampoco un cobarde; es el único que conserva un aire digno en esa pandilla de hombres que tiemblan asustados, y a los que tampoco él, por lo visto, considera de los suyos. ¿Qué pensará? ¿Qué desesperación tan profunda debe albergarse en el alma de ese hombre, que al morir se niega a decir su nombre! ¿Qué falta hace el nombre? Ha roto ya con la vida y con los hombres, ha comprendido su verdadero valor y en torno suyo no hay ya afines ni extraños, por más que griten, rabien y amenacen. He preguntado por él; lo hicieron prisionero en el último terrible combate, en esa carnicería en que perecieron varias decenas de miles de hombres, y no se resistió cuando lo cogieron; no se sabe por qué, estaba desarmado, y cuando los soldados, que no repararon en ese detalle, lo acometieron con los sables, ni siquiera se movió de su sitio ni levantó el brazo para defenderse. Pero la herida, por desgracia para él, resultó leve.

Y es posible que, efectivamente, se haya vuelto loco. Aquel soldado me dijo: «Hay muchos así...».

Fragmento XII

... EMPIEZA. Cuando anoche entré en el despacho de mi hermano, me senté en su sillón junto a la mesa, atestada de libros. La alucinación desapareció en seguida que encendí la vela; pero largo rato anduve remiso para sentarme en aquel sillón donde él se sentaba. Fue una cosa terrible al principio... Las habitaciones vacías, donde suenan de continuo chirridos y susurros, producen siempre esa impresión; pero luego incluso me agradó; mejor él que otro alguno. Sin embargo, en toda la noche no me moví de la silla; me parecía que en cuanto yo me levantara vendría a sentarse él. Y me salí aprisa de la habitación, sin mirar en torno mío. En todas las habitaciones habría que encender luz; pero ¿vale la pena? Peor aún habría sido si yo hubiese visto a alguien con luz, pues así, por lo menos, me queda la duda.

Hoy entré con una vela y no había nadie sentado en el sillón. Sencillamente, era una sombra la que pasaba. Había estado de nuevo en la estación —ahora voy allá todas las mañanas— y vi allí todo un coche del tren ocupado por locos de los nuestros. No abrieron sus puertas, y lo desviaron a otro ramal, pero asomadas a las ventanillas pude ver algunas caras. Daban espanto. Sobre todo una, sumamente alargada, amarilla como un limón, con la negra boca abierta y los ojos fijos, semejaba hasta tal punto la máscara del terror que no podía yo apartar de él mi vista. Y él me miraba con toda atención, me miraba y permanecía inmóvil, y así siguió sin estremecerse ni quitarme ojo cuando el coche se puso en movimiento. Imagino que si se me hubiera aparecido saliendo de detrás de aquellas oscuras puertas, no habría podido soportarlo. Me informé; iban en aquel tren veintidós hombres. El mal se extiende, los periódicos no lo dicen; pero parece que tampoco aquí en la ciudad marchan muy bien las cosas. Se han presentado ciertos carros negros tapados... En un solo día, hoy, conté seis en distintos extremos de la ciudad. En uno de ellos, probablemente, me llevarán también a mí.

Los periódicos siguen pidiendo todos los días más soldados y más sangre; y yo cada vez comprendo menos lo que eso signifique. Ayer leí un artículo asombroso, en el que se denunciaba la presencia, entre el pueblo, de muchos espías, traidores y enemigos encubiertos, y se aconsejaba prudencia y vigilancia, confiando en que las propias iras del pueblo descubrirían a los culpables. ¿Qué culpables y de qué? Cuando iba en el tranvía de regreso de la estación, oí un raro diálogo, referente sin duda a este tema:

—¡Hay que ahorcarlos sin formarles causa! —decía uno, mirándonos a todos como sondeándonos—. ¡A los traidores hay que colgarlos, eso!

—Sí, no hay que tener piedad de ellos —confirmó otro—. Bastante piedad les hemos tenido.

Yo salté del vagón. Porque es el caso que todos se duelen de la guerra, y ellos también; son los primeros... Así que ¿qué significa ahora esto? Una niebla de sangre

envuelve la tierra, cegando los ojos, y yo empiezo a pensar que, efectivamente, se acerca el momento de la universal catástrofe. La risa roja que veía mi hermano. La locura viene de allá, de esos campos rojos de sangre, y yo siento en el aire su fría respiración. Yo soy fuerte y vigoroso, no padezco ninguna enfermedad de esas que consumen el cuerpo y traen también consigo la enajenación de la mente; pero veo cómo la infección se me contagia, y ya no son míos la mitad de mis pensamientos. Lo cual es peor que la peste y todos sus horrores. De la peste es posible esconderse en algún sitio, tomar algunas precauciones; pero ¿cómo esconderse de esa idea que por doquiera se infiltra y no conoce ni distancias ni obstáculos?

De día puedo aún luchar; pero por las noches me vuelvo, como todos, un esclavo de mis sueños; y mis sueños son terribles y absurdos.

Fragmento XIII

... MATANZA en todas partes, absurda y cruenta. El empujón más leve provoca una represalia bárbara, y de paso salen a relucir cuchillos, piedras, garrotes y poco importa quién sea la víctima. La roja sangre mana al exterior y corre copiosa y placentera.

Eran seis campesinos y los conducían tres soldados con los fusiles cargados. Por su típico atuendo campesino, sencillo, primitivo, que recordaba a los salvajes, con sus rostros característicos como recién hechos de barro y adornados de unas crines revueltas en vez de cabellos, al cruzar las calles de la opulenta ciudad, bajo la vigilancia de disciplinados soldados, parecían esclavos de la antigüedad. Los llevaban al frente y allá iban entre bayonetas, tan mansos e inocentes como bueyes al matadero. Delante de todos iba un joven, alto, imberbe, con un largo cuello de cisne, sobre el que se asentaba, inmóvil, una cabecita menuda. Iba inclinado hacia delante, como una rama de árbol, y miraba al suelo con tanta atención cual si su mirada penetrase hasta en las entrañas mismas de la tierra. El último era achaparrado, barbudo y ya entrado en años; no trataba de resistir y llevaba sus ojos inexpresivos; pero la tierra atraía sus pies, se los cogía y no quería soltárselos, y él marchaba inclinado hacia delante, como contra un viento fuerte. Y a cada paso el soldado que iba detrás lo empujaba con su fusil y uno de sus pies, despegándose del suelo, se adelantaba espasmódicamente, mientras el otro se adhería más a la tierra. Los soldados tenían unas caras largas y hoscas; y saltaba a la vista que llevaban ya mucho tiempo de caminar así, pues harto se traslucía por su cansancio e indiferencia en el modo como cargaban con sus fusiles y como echaban el paso perezosamente, a lo *mujik*, con las puntas de los pies hacia dentro. Parecía cual si la instintiva, pasiva y silenciosa resistencia de los campesinos desconcertase su mente disciplinada y empezasen a no comprender ya adónde iban ni por qué.

—¿Adónde los llevan? —pregunté al último soldado.

Este dio un respingo, me miró y su aguda mirada me hizo el efecto de una bayoneta que se me clavase en el pecho.

—¡Apártese! —dijo el soldado—. ¡Apártese, si no quiere...!

El de más edad, aprovechó el momento y echó a correr, ligero, en dirección a la verja del bulevar, y allí se sentó en cuclillas, como si quisiera esconderse. Un animal de verdad no habría podido conducirse de modo más estúpido, más absurdo. Pero el soldado se puso furioso. Pude ver cómo se acercaba al campesino y se agachaba, y pasándose el fusil al brazo izquierdo, golpeaba con el derecho sobre algo blando y plano. Y golpeó una y otra vez. Reunióse gente. Se oyeron risas, gritos...

Fragmento XIV

... EN LA UNDÉCIMA fila del patio de butacas. A mi derecha y a mi izquierda se apretaban los codos de no sé quién, y lejos, alrededor, en la penumbra, resaltaban cabezas inmóviles, levemente iluminadas por el resplandor de la escena. Y poco a poco fue entrándome miedo ante aquella masa de seres humanos, apretujados en aquella estrechez. Todos callaban y escuchaban lo que en la escena decían; es posible que pensasen en algo suyo; pero, por el hecho de ser muchos, resultaban en su silencio más audibles que las recias voces de los cómicos. Tosían, se sonaban, hacían ruido con sus ropas y sus pies, y yo percibía con toda claridad su honda y desigual respiración, que encandecía el ambiente. Eran terribles, ya que cada uno de ellos podía convertirse en un cadáver y todos ellos tenían caras de locos.

En la tranquilidad de aquellos peinados cogotes, que descansaban firmes en sus tirillas blancas y tiasas, sentía yo el huracán de la locura, pronto a desencadenarse en cualquier momento.

A mí se me arrecían las manos cuando pensaba cuántos eran y qué terribles, y qué lejos estaba yo de la salida. Muy tranquilos estaban; pero si alguien hubiera gritado: «¡Fuego!...». Y con horror sentía yo aquel penoso y vehemente deseo, que no puedo recordar sin que de nuevo se me hielen las manos y se me aneguen en sudor. ¿Quién me impide gritar, levantarme, volverme atrás y gritar: «¡Fuego! ¡Sálvense! ¡Fuego!»? El convulsivo temblor de la locura se apodera de sus tranquilos miembros. Saltan de las butacas, aúllan como animales, se olvidan de que hay aquí mujeres, hermanas y madres; confúndense unos con otros cual si de repente se hubiesen quedado ciegos, y en su locura se estrangulan entre sí con sus blancos dedos, fragantes a esencias. Alguien desde la escena, muy pálido, grita que se tranquilicen, que no hay fuego, y la música rompe a tocar con salvaje alegría unos acordes trémulos y entrecortados, pero el público no les presta oídos; siguen ahogándose, pateándose unos a otros, golpeando en las cabezas a las mujeres, en aquellos peinados tan complicados y laboriosos. Se arrancan mutuamente las orejas y las narices, desgárranse los vestidos hasta quedar en cueros y no se avergüenzan porque están locos. Sus sensibles, tiernas, lindas e idolatradas esposas rompen también a chillar y retorcerse desvalidas a sus pies, abrazándoseles a las rodillas, confiando aún en su hidalguía; pero ellos las rechazan, golpeándolas en sus bellos y erguidos rostros y corren desalados a la puerta. Porque siempre son unos asesinos, y su tranquilidad, su hidalguía, son la mansedumbre de la fiera ahíta, que se siente a salvo de todo peligro. Y cuando la mitad de ellos se han convertido en cadáveres, y en una turba desgarrada de fieras abochornadas se agolpan en la puerta, sonriendo con falsa sonrisa, yo salgo a escena y les digo, riendo a carcajadas: «Todo esto es porque matasteis a mi hermano». Y sin dejar de reír, repito: «Todo esto es porque matasteis a mi hermano». Probablemente hube de decir algo en voz alta, porque mi vecino de la derecha se revolvió airado en

su asiento y dijo:

—¡Silencio! No me deja usted oír.

Yo me puse muy alegre y sentí ganas de bromear. Poniendo una cara seria, hosca, me incliné hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó receloso—. ¿Por qué me mira usted así?

—Silencio, por favor —le murmuré, a través de los dientes—. Fíjese en cómo huele a chamusquina. En el teatro hay fuego.

Tuvo él la suficiente serenidad y discreción para no romper a gritar. Palideció y sus ojos se corrieron hacia sus mejillas, enormes como vejiga de buey; pero no gritó. Se levantó despacito, sin siquiera darme las gracias, y se dirigió a la salida, tambaleándose y andando como a empujones. Temía que otros también se dieran cuenta del fuego y no lo dejaran salir a él..., al único digno de salvar su vida.

Aquello me repugnó hasta el punto de que también me salí del teatro. Además, que no quería revelar tan pronto mi incógnito. Ya en la calle miré hacia aquel lado del cielo donde ardía la guerra, y allí todo estaba tranquilo y las nocturnas nubes, de un amarillo de fuego, deslizábanse lentas y plácidas. «Puede que todo sea un sueño y no haya tal guerra», me dije, engañado por la paz del cielo y de la ciudad.

Pero desde una esquina saltó un chico, gritando alegremente:

—¡Tremendo combate! ¡Enormes pérdidas! ¡Compren el parte, el parte de la noche!

Leí aquello a la luz de un farol. Cuatro mil bajas. En el teatro es posible que no hubiera menos de mil personas. Y todo el camino hasta mi casa fui pensando: «¡Cuatro mil bajas!».

Ahora me cuesta un trabajo horrible entrar en mi casa vacía. En cuanto meto la llave en la cerradura y veo las mudas y recias puertas, ya siento la impresión de sus oscuros y vacíos aposentos, en los que va a entrar, mirando en torno suyo, un hombre con sombrero. Conozco de sobra el camino, pero ya en la escalera enciendo cerillas y más cerillas, hasta dar con la vela. No pongo ahora los pies en el despacho de mi hermano, que tengo cerrado con llave, con todo lo que hay en él. Y duermo en el comedor, adonde me he trasladado; allí se está más tranquilo y el aire parece guardar aún las huellas de las conversaciones y risas y el alegre tintinear de la vajilla. A veces oigo con toda claridad el rechinar de la pluma seca; y cuando me acuesto para dormir...

Fragmento XV

... ¡QUÉ SUEÑO tan absurdo y tan terrible! Como si me hubiesen levantado la tapa ósea del cerebro, e indefenso, desnudo, hubiese absorbido dócil y ávidamente todos los espantos de estos cruentos y vesánicos días que vivimos.

Estoy acostado, hecho un ovillo y recogido todo en un espacio de metro y medio; pero mi pensamiento abarca el mundo. Con los ojos de todos los hombres veo, y con todos sus oídos oigo; muero con todos los que mueren, y sufro y lloro por cuantos heridos quedan abandonados, y cuando de algún cuerpo mana sangre, siento en mí el dolor de la herida, y padezco.

Y aquello que aún no pasó y está lejano, lo veo yo con tanta claridad como lo que ya pasó y está próximo, y no hay límites para el sufrimiento de mi cerebro desnudo.

Esos niños, esos niños pequeñines, inocentes todavía. Los vi en la calle, cuando jugaban a la guerra y se perseguían y alguno ya lloraba con una tenue vocecita infantil..., y algo tembló en mí, de espanto y horror. Y me volví a casa y ya era de noche, y en los ígneos ensueños, semejantes a incendios nocturnos, aquellos niños, todavía inocentes, se convertían en infantiles asesinos.

Algo furioso ardía en el amplio y rojo fuego, y entre la humareda erguíanse unos niños monstruosos con cabezas de homicidas adultos. Daban ágiles saltos y brincos, cual chivos retozones, y alentaban afanosos, como enfermos. Sus bocas semejaban fauces de sapo o de ranas y se abrían convulsiva y ampliamente; tras la piel traslúcida de sus desnudos cuerpos corría una sangre roja..., y se mataban entre sí, jugando. Eran lo más terrible de cuanto yo había visto, por ser pequeños y poderse meter en todas partes.

Miré desde la ventana, y uno de aquellos chicos reparó en mí y, sonriendo, me dijo con los ojos: «Voy a ir por ti».

«¿Me vas a matar?».

«Voy a tu casa», dijo, y palideció súbitamente de un modo horrible, y empezó a arañar la blanca pared como una rata, ni más ni menos que como una rata famélica. Chillaba y corría y tan ligera se deslizaba por el muro, que no podía yo seguir con la vista sus nerviosos y súbitos movimientos.

«Puede meterse por debajo de la puerta», pensé con espanto, y cual si me hubiese leído el pensamiento, estirose y se agachó y muy ligera, moviendo el rabito, se escurrió por la oscura rendija de debajo de la puerta principal. Pero yo tuve tiempo de esconderme bajo la sábana y pude oír cómo el pequeño me buscaba por las habitaciones oscuras, posando con mucho tiento en el suelo sus piecitos descalzos. Muy poco a poco, deteniéndose a cada instante, se fue acercando a mi cuarto y se coló finalmente en él; y largo rato no sentí nada, ni movimientos ni ruido de ninguna clase, cual si no hubiese nadie allí, al pie de mi cama. Pero hete aquí que una manita desconocida empieza a levantar el embozo, y el frío aire de la habitación me dio en la

cara y el pecho. Sujeté más fuerte la manta, pero se me caía por todos lados; y de pronto, los pies se me quedaron tan fríos cual si los tuviera metidos en agua. Ahora yacían indefensos en la gélida oscuridad del cuarto, y el pequeño monstruo me los miraba.

En el patio, tras los muros de la casa, aulló un perro y luego se calló, y sentí el ruido de su cadena al refugiarse en su perrera. El chico, en tanto, me miraba los pies desnudos y callaba; pero yo sabía que estaba allí; lo sabía por el insufrible espanto que, como la muerte misma, me tenía paralizado en una inmovilidad de piedra, de sepulcro. Si hubiera podido gritar, habría despertado a la ciudad entera, a todo el mundo lo habría despertado; pero la voz se me moría en los labios, y resignado, sentía hurgarme en todo el cuerpo aquellas manos frías que me buscaban la garganta. «No puedo más», me quejé, jadeando, y me desperté por un instante y vi la insolente oscuridad de la noche, misteriosa y viva, y me parece que me dormí de nuevo. «¡Tranquilízate! —me dijo mi hermano, y se sentó a mi cabecera, haciendo crujir la cama con su pesadez de muerto—. ¡Tranquilízate! Todo eso fue un sueño. Te pareció como que te ahogaban; pero dormías a pierna suelta en las habitaciones oscuras, donde no hay nadie, mientras yo estaba en mi cuarto escribiendo. Ninguno de vosotros comprendía lo que estaba escribiendo y os reíais de mí, como de un loco; pero ahora voy a decirte la verdad. Escribo acerca de la risa roja. ¿Lo ves?».

Algo inmenso, rojo, de color de sangre, cerníase sobre mí y con su boca desdentada se reía.

«¡La risa roja! Cuando la tierra enloquece, empieza a reírse así. Porque ya sabes que la tierra se ha vuelto loca. No hay en ella colores ni cantos; se ha vuelto redonda, lisa y roja, como una cabeza desollada. ¿No la ves?».

«Sí que la veo. Se está riendo».

«Mira lo que le pasa a su cerebro. Rojo se ha vuelto, como unas gachas de sangre revueltas».

«¡Grita!».

«Es que le duele. No tiene ni colores ni cantos. Ahora hazme sitio..., voy a acostarme encima de ti».

«Pesas mucho. Me aterras».

«Es que los muertos nos acostamos encima de los vivos. ¿Estás calentito?».

«Sí».

«¿Te sientes a gusto?».

«Me estoy muriendo».

«Pues despiértate y grita. ¡Despiértate y grita! Me voy...».

Fragmento XVI

... OCHO DÍAS hace ya que dura el combate. Empezó el pasado viernes, y vinieron luego el sábado, el domingo, lunes, martes, miércoles, jueves y otra vez el viernes y se fue..., y la batalla continúa. Ambos ejércitos, centenares de miles de hombres, están ahí unos frente a otros, sin ceder terreno, y sin cesar se lanzan mutuamente estruendosas descargas, y a cada momento los hombres con vida se convierten en cadáveres. Por efecto de las detonaciones, de la continua conmoción del aire, retiembla el cielo mismo y se apelmazan sobre las cabezas negras nubes tormentosas; pero ellos siguen frente a frente, sin ceder terreno y matando. Cuando un hombre se pasa tres días sin dormir, luego enferma y se le embota la frente; pero ellos llevan ya sin dormir una semana entera y todos se han vuelto locos. Por eso no sienten dolor, por eso no ceden terreno y seguirán luchando hasta matarse todos. Dicen que algunas secciones se quedaron sin municiones, y allí los combatientes pelean con piedras, con las manos, y se muerden unos a otros como perros. Si los que queden vivos vuelven a sus casas, tendrán colmillos como los lobos...; pero no, no volverán; han perdido la razón y se matarán hasta no quedar uno. Se han vuelto locos. En sus cerebros todo anda revuelto y no comprenden nada; si les dieran una media vuelta rápidamente, empezarían a tiros con los suyos, pensando que mataban enemigos. Extraños rumores... Extraños rumores los que unos y otros se comunican en voz baja, lívidos de horror y de presentimientos siniestros. ¡Hermano, hermano, escucha lo que dicen de la risa roja! Según parece, se han dejado ver tropas de espectros, de sombras más bien, en todo semejantes a seres vivos. Por las noches, cuando los hombres, enloquecidos, se olvidan por un instante de todo en el sueño, o en plena lucha diurna, cuando hasta el más claro día se convierte en espectral, déjanse ver súbitamente esos fantasmas y disparan espectrales cañones, llenando el aire de un espectral estruendo; y los hombres, los vivos, pero locos, sorprendidos por aquella batahola inesperada, entablan una lucha a muerte con aquel enemigo espectral, acaban de enloquecer de terror, encanecen en un momento y mueren. Los espectros desaparecen con la misma rapidez con que aparecieron, y vuelve a restablecerse el silencio; pero por la tierra yacen nuevos cadáveres mutilados. ¿Quién los mató? ¿Sabes tú, hermano, quién los mató?

Cuando, después de dos batallas, se restablece la calma y los enemigos se alejan, entonces, de pronto, en la oscuridad de la noche, se oye un solo disparo tímido. Y todos, en seguida, se ponen en pie de un salto y se enredan a tiros en la sombra y se están tiroteando largo rato, a veces horas, en la silenciosa oscuridad sin eco. ¿A quién verán allí? ¿Qué terrible personaje será el que les muestra su silente figura, que respira pánico y demencia? Tú lo sabes, hermano, y yo también lo sé; ellos aún no lo saben, pero lo presienten y, lívidos, se preguntan: «¿Por qué hay tantos locos ahora? ¿Y por qué antes no había tantos locos? ¿Por qué nunca hubo tantos locos como

ahora?», dicen palideciendo, y algo darían por creer que ahora es lo mismo que antes y que esa violencia universal que se le impone a la razón no roza siquiera sus débiles caletres. «¿No pelearon antes también siempre los hombres y, sin embargo, no hubo tantos locos? La lucha... es ley de vida», dicen muy convencidos y orondos; pero se ponen pálidos y buscan con los ojos al doctor y atropelladamente gritan: «¡Agua! ¡Un vaso de agua, pronto!».

De buena gana se volverían idiotas esos individuos, aunque solo fuere por no oír cómo flaquea su razón, cómo en la insufrible lucha con la insensatez se les apura el juicio. Estos días en que allá, en el frente, sin cesar hacen de los hombres cadáveres, no podía yo parar en ningún sitio y buscaba a la gente, y pude escuchar muchos diálogos por ese estilo y ver muchas caras falsamente risueñas, de individuos que aseguraban que la guerra estaba todavía lejos y no nos afectaba. Pero aún encontré en mayor cantidad expresiones de espanto franco, sincero, y de amargas y desesperadas lágrimas y de desesperados clamores cuando la inteligencia más poderosa, poniendo todas sus fuerzas en tensión, le arranca al hombre su última plegaria, su maldición postrera: «¿Cuándo acabará esta guerra absurda?».

En casa de unos amigos que hacía mucho tiempo, quizá años, no veía, me encontré inopinadamente con un oficial loco, que había vuelto del frente. Había sido discípulo mío de colegio, pero no lo conocí al pronto, como tampoco lo conoció su madre, la que lo había parido; si hubiese estado un año en el sepulcro, no habría vuelto de allí tan cambiado. Se le ha puesto todo el pelo blanco; las facciones de su cara no han cambiado gran cosa..., pero calla y parece escuchar algo, y eso imprime a su rostro un sello imponente de tal distanciamiento, de tal indiferencia por todo, que resulta horrible hablar con él. Según les contaron a sus deudos, perdió la razón cuando estaba en la retaguardia y el regimiento contiguo al suyo se lanzó al ataque a la bayoneta. Corrían los soldados gritando: «¡Hurra!», con voces tan desaforadas que casi apagaban el fragor de los tiros, y de pronto cesó el fuego, y de pronto cesaron los hurras, y de pronto se hizo un sepulcral silencio; era que los atacantes habían llegado a su objetivo y empezaba la lucha cuerpo a cuerpo. Y la razón del oficial no pudo resistir aquel silencio.

Ahora está tranquilo en tanto hablan junto a él y arman ruido y gritan, y entonces aguza el oído y aguarda; pero en cuanto por un instante se hace el silencio, se coge la cabeza con las manos y echa a correr, tropezando con las paredes y los muebles, y le da un ataque como de epilepsia. Sus parientes, que son muchos, se turnan a su lado y le rodean de ruido, pero luego viene la noche, la larga noche silenciosa, y entonces es su padre quien se encarga de alborotar; su padre, que también tiene ya el pelo blanco y también está algo loco. Y su padre ha colgado en la pared de su cuarto un reloj cuya péndola hace mucho ruido y le ha adaptado una rueda que produce un estridor continuo. No pierden las esperanzas de que recupere la razón, pues solo tiene veintisiete años, y ahora, con ellos, parece hasta alegre. Lo visten con mucha pulcritud, de paisano; cuidan de su exterior, y con sus cabellos blancos y su cara

todavía juvenil, pensativa, atenta, noble, y sus lentos, cansados ademanes, hasta parece guapo.

Cuando me contaron el lance, me llegué yo a él y le besé la mano, su pálida y lacia mano, que nunca más volverá a levantarse para agredir, y a ninguno pareció chocarle mucho mi rasgo. Su joven hermana fue la única que me sonrió con los ojos, y luego empezó a tratarme con tanto mimo que no parecía sino que éramos novios, y ella me quería más que a nadie en el mundo. Tan cariñosa estaba conmigo que poco me faltó para contarle lo de mis habitaciones oscuras y vacías, en las que me siento peor que solo, con un ruin corazón que nunca pierde las ilusiones... Y ella lo arregló de tal manera que nos dejaron solos.

—¡Qué pálido está usted, y qué ojeras tiene! —dijo la muchacha, con afabilidad—. ¿Está usted enfermo? ¿Siente mucho lo de su hermano?

—Siento lo de todos. Sí; no estoy muy bien de salud.

—Ya sé por qué le besó usted la mano. Ellos no lo comprendieron. Pero fue por estar loco, ¿verdad?

—Sí, por eso.

Quedose pensativa, y así se parecía a su hermano, solo que mucho más joven.

—Pues a mí —se detuvo y se ruborizó, pero sin bajar la mirada—, ¿me dejaría usted que le besara la mano?

Yo me eché a sus pies de rodillas, y le dije:

—Bendígame usted.

Palideció ella levemente, y con solo sus labios, murmuró:

—Yo no creo.

—Tampoco yo.

Pero por un segundo rozó su mano mi frente, y aquel segundo pasó.

—¿No sabes? —dijo ella—. Voy a ir allá.

—Ve. Pero no podrás resistirlo.

—No sé. Pero a ellos les hago falta como a ti, como a mi hermano. Son inocentes.

—¿Te acordarás de mí?

—Sí. ¿Y tú?

—También me acordaré de ti. ¡Adiós!

—¡Adiós para siempre!

Y me quedé tranquilo y con el corazón más ligero, cual si ya hubiera vivido lo que de más horrible tienen la muerte y la locura. Y por primera vez aquella noche entré sin miedo en casa, y abrí el despacho de mi hermano, y largo rato me estuve sentado a su mesa. Y cuando, ya de noche mediada, me desperté como si me hubieran dado un empujón, oí el rechinar de la pluma seca sobre el papel y no me asusté, y casi sonriendo me dije: «¡Trabaja, hermano, trabaja! Tu pluma no está seca, sino mojada en humana sangre viva. No importa que tus hojas parezcan en blanco, porque esos blancos siniestros dicen más de la guerra y la razón que todo cuanto puedan escribir los hombres de más talento. ¡Trabaja, hermano, trabaja!».

... Pero esta mañana he leído que el combate continúa, y otra vez han hecho presa en mí una desolada inquietud y la sensación como de algo que se me cayese encima del cerebro. Viene, se acerca..., ya está en los umbrales de estas habitaciones desiertas y llenas de luz. Acuérdate, acuérdate de mí, simpática muchacha... Voy a perder el juicio. Treinta mil muertos... Treinta mil muertos...

Fragmento XVII

... EN LA CIUDAD cierto revuelo. Rumores vagos y siniestros...

Fragmento XVIII

... ESTA MAÑANA, repasando en el periódico la interminable lista de los caídos, tropecé con un apellido familiar: el del novio de mi hermana, un oficial llamado a filas al mismo tiempo que mi difunto hermano. Una hora después, me entregó el cartero una carta dirigida a mi hermano, y en el sobre reconocí la letra del muerto; un muerto escribiéndole a otro muerto. Pero esto es aún mejor que cuando un muerto le escribe a un vivo, como en el caso que me han contado de una madre que todo un mes estuvo recibiendo carta de su hijo, después de haber leído en los periódicos el relato de su terrible muerte..., destrozado por una granada. Era un hijo cariñoso, y en todas sus cartas prodigaba palabras de afecto y consuelo, de juvenil e inocente esperanza en la buena suerte. Era ya un muerto y aún todos los días seguía hablando, con satánica puntualidad, de la vida; y su madre llegó a no creer en su muerte, y cuando pasaron uno, dos, tres días sin carta y se hizo el infinito silencio de la muerte, cogió con sus dos manos un viejo pistolón del hijo y se disparó un tiro en el pecho. Según parece, no se mató...; pero no lo sé de fijo, no estoy bien informado.

Largo rato miré el sobre, pensando: «Lo tuvo en su mano, lo compró en algún sitio, dio el dinero y el dependiente fue allá adentro por él, lo pagó, y puede que él mismo lo echase en la estafeta. Pusiéronse en movimiento las ruedas de ese complicado mecanismo que llamamos correo, y la carta fue corriendo a través de los bosques, campos y ciudades, y pasando de unas manos a otras, pero dirigiéndose tenaz a su destino. Se había puesto las botas aquella última mañana, y su carta corría; cayó muerto en el campo de batalla, y ella seguía corriendo; lo echaron a la fosa, repleta de cadáveres y tierra, y la carta seguía corriendo a través de bosques, campos y ciudades, fantasma viviente en su sobre gris timbrado. Y ahora la tengo yo en mis manos...».

He aquí el texto de la carta. Está escrito con lápiz, en una hojilla de papel y sin terminar, porque algo vino a impedirlo.

Ahora es cuando comprendo la gran alegría de la guerra, este primitivo y viejo placer de matar hombres inteligentes, astutos, ladinos, incomparablemente más interesantes que las fieras carnívoras. Quitar eternamente la vida es tan divertido como jugar al tenis con los planetas y los luceros. Pobre amigo mío, ¡qué pena que no estés tú también con nosotros y te veas obligado a aburrirte en la insulsa vida cotidiana! En esta atmósfera de muerte encontrarías eso a que siempre aspira el inquieto y noble corazón. Cruento festín... En esta comparación algo anticuada, se encierra la pura verdad. Andamos hundidos hasta las rodillas en sangre y la cabeza nos da vueltas por efecto de ese vino rojo, como donosamente lo llaman mis bravos muchachos. Beber sangre del enemigo no es tan estúpido como pensamos: ellos sabían lo que hacían...

Graznan los cuervos. ¿Lo oyes? Graznan los cuervos. ¿De dónde vendrán

tantos? Ponen negro el cielo. Se ponen a nuestra vera, perdido ya el miedo, y nos siguen a todas partes, y siempre los tenemos encima como un quitasol de negros encajes, cual un árbol de negras hojas que se moviese. Uno se me llega hasta la misma cara y quiere picarme; por lo visto, se cree que estoy ya muerto. Graznan los cuervos, y eso me inquieta un poco... ¿De dónde vendrán tantos?

Ayer pasamos a cuchillo a unos enemigos que dormían. Nos acercamos a ellos despacito, sin apenas mover los pies, y obramos con tal cautela y tino que no tropezamos con ningún cadáver ni espantamos ningún cuervo. Como sombras nos deslizábamos y la noche nos cubría. Yo mismo acabé con el centinela; lo tumbé y lo ahogué con mis propias manos, para que no gritase. ¿Comprendes? Un simple gritito nada más y todo se habría malogrado. Pero él no gritó; probablemente no tuvo tiempo siquiera para darse cuenta de que lo mataban.

Todos ellos estaban durmiendo junto a las mortecinas fogatas; dormían tranquilamente, como si estuviesen en sus casas, acostaditos en sus lechos. Más de una hora estuvimos acuchillándolos, y solo alguno que otro llegó a despertarse antes que lo agrediésemos. Gritaban y, como es natural, pedían gracia. Hincaban los dientes; uno me mordió a mí en un dedo de la mano izquierda, con la que imprudentemente lo tenía sujeto por el cuello. Me mordió en el dedo y yo le corté de un tajo la cabeza. ¿No te parece que estamos en paz? ¡Cómo no se despertaron todos! Oíase el crujir de los huesos y el rasgarse de las carnes. Luego los desnudamos hasta dejarlos en cueros y nos repartimos sus ropas entre nosotros. No tomes a mal, amigo mío, esta broma. Con tu habitual susceptibilidad, dirás que eso huele a merodeo; pero ten en cuenta que también nosotros estamos casi en cueros, enteramente desharrapados. Yo hace ya mucho que gasto un corpiño de mujer, y más parezco un... que un oficial de un ejército victorioso.

Y a propósito: tengo entendido que te casaste, y supongo que no te hará mucha gracia leer estas cosas. Pero... ¿comprendes? Las hembras... el diablo se las lleve... Pero soy joven y estoy sediento de amor. ¡Alto! ¿Te casaste de veras? Recuerdo que alguna vez me enseñaste una postal de una señorita y me dijiste que era tu novia, y la postal traía escrito algo triste, muy triste, y tú te echaste a llorar. Hace ya mucho de eso y lo recuerdo vagamente; la guerra no se presta a ternezas. Pero tú lloraste. ¿Por qué llorabas? ¿Qué decía aquella postal, tan triste, tan triste como una florecilla?... Y tú te echaste a llorar, llora que te llora... ¡Qué vergüenza! Un oficial llorando...

Graznan los cuervos. ¿Oyes, amigo mío? Graznan los cuervos... ¿Qué será lo que quieren?...

El resto de aquellas líneas a lápiz estaba borroso y no se podía en absoluto descifrar la firma.

Y, ¡cosa rara!, no sentí pizca de lástima por aquel muerto. Me representaba en la imaginación con toda claridad su cara, toda fofa y tierna, cual la de una mujer; los rosados mofletes, la luz e íntima frescura de los ojos, la saliente y blanda barbilla que una mujer le habría envidiado. Era amante de los libros, las flores y la música, odiaba

todo lo vulgar y hacía versos... Mi hermano, como crítico, aseguraba que aquellos versos estaban muy bien. Pero con nada de cuanto yo sabía y recordaba podía relacionar aquellos cuervos graznadores, ni aquella degollina ni aquellas muertes.

«Los cuervos graznan...».

Y de pronto, en un momento absurdo, de felicidad inefable, se me hizo todo claro, comprendí que nada de aquello era verdad, que no había tal guerra, ni tales muertes, ni aquel terror, paliado con pensamientos inexorables. Me dormí boca arriba y tuve una pesadilla que parecía realidad; y aquellas habitaciones silenciosas y tristes, vacías por la muerte y el horror..., y yo ¡con aquella bárbara carta en la mano!... Mi hermano vivía, y todos en la casa se habían reunido para tomar el té y podía oírse el ruido de la vajilla.

«Graznan los cuervos...».

No; aquello era verdad. ¡Ay de la tierra, porque aquello era verdad! Los cuervos graznan. No es esa la ficción de un escritor ocioso que busca efectismos baratos, de un loco que ha perdido el juicio. Los cuervos graznan. ¿Dónde está mi hermano? Afable y pacífico era y no quería el mal de nadie... ¿Dónde está ahora? A vosotros os lo pregunto, asesinos malditos. Ante todo el mundo os lo pregunto, ¡asesinos malditos, cuervos posados en la carroña, desdichadas fieras cortas de luces! ¡Fieras sois! ¿Por qué matasteis a mi hermano? Si tuvierais una cara os abofetearía; pero no tenéis cara, sino de fiera astuta. Fingís ante la gente; pero por debajo de los guantes os veo las zarpas; por debajo del sombrero, el achatado cráneo de la fiera; a través de vuestras discretas palabras oigo la encubierta locura, que sacude sus herrumbrosas cadenas. Y con toda la energía de mi aflicción, de mi tristeza, de mis agraviados pensamientos, ¡os maldigo, infelices y romas fieras!

Fragmento XIX

—... ¡DE VOSOTROS esperamos la regeneración de la vida!

Gritaba el orador, apoyándose con trabajo en la columnilla, agitando los brazos y haciendo ondear la bandera en cuyos pliegues se leía esta divisa: «¡Abajo la guerra!».

—... vosotros, los jóvenes, que tenéis aún toda una vida por delante, salvaos y salvad a las generaciones venideras de este horror, de esta locura. No hay fuerzas que la soporten, la sangre salta a los ojos. Desplómase el cielo sobre nuestras cabezas y la tierra se nos hunde bajo los pies. Buenas gentes...

La multitud clamaba de un modo enigmático, y aquel fragor vivo y amenazante apagaba por un momento la voz del orador.

—... dirán que estoy loco; pero hablo verdad. Mi padre y mi hermano se pudren allí como carroña. Encended hogueras, cavad fosas y destruid y enterrad las armas. Demoled los cuarteles y quitadles a los soldados esos uniformes brillantes, que son la librea de la vesania, y destrozadlos. No hay fuerzas que lo soporten... Los hombres mueren...

Un individuo corpulento le dio un empujón y lo echó de la tribuna; la bandera ondeó por última vez y luego cayó. No tuve tiempo de fijarme en la cara del agresor, pues inmediatamente todo se convirtió en una pesadilla. Todo era alboroto y gritos; volaron por el aire piedras, palos; se alzaron puños sobre las cabezas, aporreando a alguien. La multitud, semejante a una viviente ola embravecida, me levantó en vilo, me arrastró unos pasos y me golpeó con fuerza contra la valla, después de lo cual me hizo retroceder a un lado, y por último me aplastó contra un montón de leña, que se ladeó hacia delante, amenazando con desplomarse sobre las cabezas. Algo seco y duro sonó contra las vigas; un momento de silencio, y luego vuelta al alboroto, enorme, amplio, terrible en su impulsividad. Y otra vez aquel seco ruido, y alguien junto a mí rodó por tierra, y de los rojos agujeros en que se habían convertido sus ojos manó sangre. Y un pesado garrote que giraba en el aire vino a darme a mí con su punta en la cara y me derribó también en el suelo, y arrastrándome bajo los pies de la muchedumbre, que me hollaban, logré abrirme paso hasta un lugar despejado. Salté luego varias cercas, destrozándome las uñas, y me subí sobre una pila de leña: una madera se rompió y caí entre una avalancha de ruidosos troncos; pude zafarme a viva fuerza de no sé qué triángulo cerrado; pero detrás de mí, alcanzándome, todo eran gritos, clamores, golpes y sacudidas. No sé dónde sonó una campana; se oyó un estruendo como el que haría al venirse abajo una casa de cinco pisos. El atardecer pareció detenerse, no dando paso a la noche, y por aquella parte, las voces y los disparos parecían teñirse de color rojo y ahuyentar las sombras. Saltándome la última valla, vine a encontrarme en un angosto y sinuoso callejón, semejante a un túnel entre dos muros, y eché a correr, y corriendo estuve largo rato; pero resultó ser un callejón sin salida. Lo cerraba una valla y más allá negreaban las pilas de leña y madera. Y

otra vez hube de trepar por aquellos inestables y escurridizos montecillos, hasta salir a unos pozos, donde todo estaba tranquilo y olía a leña húmeda, y de nuevo me escurrí de allí sin volver la vista atrás; ya sabía yo lo que hacían allí, en aquel rojizo y vago suelo que yacía sobre las negras vigas y les daba una apariencia de gigantones caídos. Dejó de salirme sangre de la cara herida, la cual se me quedó insensible y ajena como una máscara de yeso. Por lo visto, en uno de los negros hoyos en que me cayera, me había hecho daño y perdido el conocimiento; pero no podría decir si así fue realmente o si solo me lo pareció a mí, pues únicamente me recuerdo corriendo.

Anduve después vagando por calles desconocidas, sin faroles, entre casas negras, como muertas, y sin poder salir de aquel mudo laberinto. Habría sido menester detenerse y tender la vista en derredor para ver el rumbo que debía seguir; pero eso era imposible hacerlo, pues a mis espaldas, tras mis talones, se oían en la lejanía, pero cada vez más próximos, gritos y golpes; a veces, al dar una vuelta, venían a herirme en pleno rostro, rojo, envuelto en las volutas de la rojiza bruma, y entonces yo retrocedía y seguía andando, hasta que de nuevo lo sentía a mis espaldas. En un rincón acerté a vislumbrar una faja de luz que se extinguió al acercarme; salía de una tienda que estaban cerrando a toda prisa. Por el ancho resquicio pude ver un trozo de mostrador y una tina; pero de pronto lo envolvió todo una bruma silenciosa, densa. No lejos de aquella tienda, me topé con un hombre que venía corriendo hacia mí y en la oscuridad por poco me atropella, y que se detuvo a dos pasos de mí. No sé quién sería; solo distinguía su oscura, recelosa silueta.

—¿Vienes de allí? —pregunté.

—Sí, de allí vengo.

—¿Y adónde vas con esa carrera?

—¿Que adónde? ¡Pues a mi casa!

—¡Ah! ¿A tu casa?

No replicó él nada, y de pronto abalanzose sobre mí con intención de derribarme en tierra, y sus fríos dedos se agarraron con ansia a mi cuello, solo que se engancharon en la ropa. Yo le mordí en la mano, me zafé de él y emprendí veloz carrera; pero él me vino siguiendo largo rato por las calles desiertas, armando un gran ruido con sus botas. Luego dejó de seguirme...; probablemente le escocía mi mordisco.

No sé cómo pude atinar por fin con mi calle. Tampoco tenía faroles y ni una sola ventana mostraba luz, pareciendo como muertas, y yo en mi carrera habría pasado de largo, sin reconocer mi casa, si por casualidad no hubiera levantado la vista y me hubiera fijado. Pero largo rato estuve aún indeciso; aquella casa, donde vivía desde hacía ya tantos años, me parecía extraña en aquella rara, muerta calle, que respondía con un triste e inusitado eco a mi respiración afanosa. Me acometió luego un súbito y loco temor de haber perdido la llave al caer, y me costó mucho trabajo dar con ella, pese a llevarla en el bolsillo de fuera de mi americana. Y al meterla en la cerradura, provocó un eco tan recio e insólito cual si de golpe se hubiesen abierto de par en par

las puertas todas de la calle, de aquellas muertas casas. Al principio, me escondí en el sótano; pero luego me resultó aquello tremendo y aburrido, y ante mis ojos empezó a deslizarse algo y fui y me adentré en las habitaciones. Palpando en la sombra, cerré las puertas, y tras un momento de pensarlo, tuve la intención de hacer barricadas con los muebles; pero al moverlos armaban un ruido tan terrible en aquellas salas desiertas, que me asusté.

—Aguardaré así la muerte. Al fin y al cabo, todo da lo mismo —decidí.

En el lavabo había aún agua muy caliente, y yo a tientas me lavé y me sequé la cara con la toalla. Las heridas de la cara me escocían y me quemaban y tuve intención de mirarme al espejo. Encendí una cerilla..., y a su débil y vacilante luz, hubo de destacarse en la sombra algo tan informe y horrible, que en el acto tiré la cerilla al suelo. Al parecer, tenía la nariz destrozada. «Ahora ya, todo da lo mismo —pensé—. Nadie me necesita».

Me puse de muy buen humor. Con raros visajes y mohínes, cual si estuviera en un escenario haciendo el papel de ladrón, me dirigí a la despensa y empecé a rebuscar algo de comer. No se me ocultaba lo extemporáneo de aquellas muecas que hacía, pero me producían gracia. Y me puse a comer sin dejar de hacer visajes, fingiéndome insaciable.

Pero el silencio y la oscuridad me asustaban. Entreabrí una mirilla que daba al corral y agucé el oído. Al principio, probablemente por haber cesado las carreras, todo me pareció perfectamente tranquilo. No se oían tiros. Pero no tardé en percibir con toda claridad un lejano estruendo de voces y gritos, más el ruido de algo que caía, seguido de risotadas. Aquel alboroto crecía por momentos. Miré al cielo; estaba rojizo y corría rauda. Y el cobertizo que tenía enfrente, y el pavimento del patio y la perrera, aparecían iluminados por aquella misma luz rojiza. Desde la ventana llamé bajito al perro.

—¡Neptuno!

En la perrera nada se movió; pero junto a ella distinguí, a favor de aquella luz rojiza, un cabo suelto de la cadena, que brillaba. Aquellos gritos y ruidos de algo que caía fueron subiendo el diapasón hasta que acabé por cerrar la ventana.

«¡Vienen hacia acá!», pensé, y empecé a buscar dónde esconderme. Abrí la estufa, palpé la chimenea, revisé los armarios; pero nada de aquello me satisfizo. Recorrí todas las habitaciones, menos el gabinete, adonde no quería mirar. Sabía que él estaba sentado ante la mesa, atestada de libros, y que verlo no me haría ninguna gracia.

Poco a poco fue arraigándose en mí la sospecha de no estar solo; en torno mío, en la oscuridad, se movían en silencio varias personas; casi me rozaban, y una vez hasta sentí en el cogote el soplo de una respiración.

—¿Quién anda ahí? —pregunté con un hilo de voz.

No me respondió nadie. Y al ponerme de nuevo en movimiento, ellos se me vinieron detrás, callados y terribles. Sabía yo que eso era ilusión mía, debida a estar

yo enfermo y empezarme ya la fiebre; pero no podía vencer aquel pánico, que hacía temblar todo mi cuerpo como a tiritones. Me palpé la cabeza; me echaba fuego.

«Mejor será que vaya allí —pensé—; después de todo, es un familiar».

Estaba sentado en su silla, ante la mesa, atestada de libros, y no desapareció como aquella vez, sino que siguió allí. Por entre las corridas cortinas del cuarto se filtraba la luz roja, pero sin alumbrar nada, de suerte que apenas si lo veía. Me senté a su lado en el diván y aguardé. En la habitación reinaba el silencio; pero de allá fuera llegaba el estruendo de un griterío acompasado y de un cuerpo que caía, y voces aisladas. Y cada vez estaban más próximos. Y cada vez se avivaba más aquella luz rojiza y ya lo veía a él en su sillón: negro, con perfil de hierro, circuido de un estrecho nimbo rojo.

—¡Hermano! —exclamé.

Pero él siguió callado, inmóvil y negro como una estatua. En el cuarto contiguo crujió el suelo, y luego, de pronto se hizo un silencio extraordinario, como solo se siente en los lugares donde hay muchos muertos. Todos los ruidos desfallecieron, y la misma luz rojiza tomó un viso de muerte y de silencio, y se volvió quieta y levemente turbia. Yo pensé que todo aquel silencio provenía de mi hermano, y se lo dije. «No, no proviene de mí. Mira por la ventana».

Descorrí el visillo y miré. «¡Oh! ¡Conque es eso!», exclamé.

«Llama a mi mujer, que aún no lo ha visto», me ordenó mi hermano.

Estaba ella sentada en el comedor cosiendo, y al verme la cara, en el acto se levantó, prendió la aguja en la costura y dócilmente se vino tras de mí.

Yo descorrí los visillos de todas las ventanas, y por aquella amplia abertura se entró la luz roja, aunque, no sé por qué, no iluminó más el cuarto, el cual siguió tan oscuro como antes, y solo en las ventanas se encendieron grandes cuadros rojos, inmóviles.

Nos acercamos a la ventana. De la misma pared de la casa, de la cornisa, arrancaba el cielo flameante y rojo por igual, sin una nube, sin una estrella, sin sol, y se extendía tras el horizonte. Pero por debajo de él se tendía el campo igualmente de un rojo oscuro y uniforme, y todo cubierto de cadáveres. Y todos aquellos cadáveres estaban desnudos y con los pies vueltos hacia nosotros, de suerte que solo les veíamos las plantas de los pies y las barbillas triangulares. Y reinaba el silencio...; por lo visto, se habían muerto todos, y en el campo infinito no quedaban heridos olvidados.

«Su número aumenta», dijo mi hermano.

También él estaba junto a la ventana, lo mismo que todos: la madre, la hermana, todos cuantos en la casa vivíamos. No se les veían las caras, y yo sólo los conocía por la voz.

«Eso solo en apariencia», asintió la hermana. «No; es la verdad. Mira».

Verdaderamente, parecía que los cadáveres habían aumentado. Inquirimos con toda atención la causa, y vimos que en fila con los muertos, en los claros de antes, habían aparecido de pronto otros cadáveres, que se hubiera dicho brotaron de la

tierra. Y todos los espacios despejados colmáronse rápidamente, y pronto toda la tierra iluminose de un rosa pálido por efecto de los cuerpos, que yacían en filas, apuntándonos con sus pies. Y la habitación se iluminó con un resplandor de un rosa pálido, mortecino.

«Mirad, no tienen sitio», dijo mi hermano.

Y mi madre contestó: «Ya tenemos aquí uno».

Giramos la vista en torno nuestro y vimos a nuestras espaldas un cuerpo de un rosa pálido, con la cabeza baja, tendido en el suelo. Y en seguida, al lado suyo, se dejaron ver un segundo y un tercero. Y uno después del otro, fueron brotando de la tierra nuevos cadáveres, hasta que pronto todo el cuarto llenose de hileras de muertos, de un color rosa pálido.

«También los hay en la habitación de los niños —dijo el aya—. Los he visto».

«Tenemos que irnos», respondió mi hermana.

«Pero si no hay salida —objetó mi hermano—. Mirad».

Verdaderamente, ya nos rozaban con sus pies descalzos y yacían hombro con hombro. Y se estremecían y temblaban, y se levantaban en la misma formación correcta; era que de la tierra salían nuevos muertos y los empujaban hacia arriba.

«¡Nos ahogan! —dije yo—. Saltemos por la ventana».

«¡Por ahí no es posible! —gritó mi hermano—. Por ahí no es posible. ¡Mira quién está ahí!».

Ante la ventana, en la luz roja y quieta, estaba plantada la propia Risa Roja.

FIN



LEONID NIKOLÁIEVICH ANDRÉYEV (Orël, Rusia, 1871-Mustamäggi, Finlandia, 1919) ha pasado ya a la historia como uno de los principales novelistas y dramaturgos rusos del siglo xx. Tras realizar estudios de Derecho, comenzó su carrera literaria colaborando en periódicos con recensiones teatrales. Fue amigo de Gorki, cuando éste ya se encontraba en el cénit de su fama, y con él mantuvo posteriormente competencia literaria cuando el reconcimiento y la fama también le alcanzaron. Su obra, muy influida primero por la filosofía de Schopenhauer y luego por la literatura de Edgar Alan Poe, Tolstoi y Dostoyevsky, y la labor teatral de Chejov, fluctúa entre el realismo y el simbolismo modernista. Introducido en 1901 por Gorki en el grupo realista *Sreda*, permanecerá en el mismo hasta 1907. Sin embargo, a partir de 1906 no duda en incorporar a su obra dramática las más radicales técnicas teatrales del momento, aunque después, cuando el simbolismo decae, se centra en un teatro marcado por la psicología. Adherido al movimiento revolucionario del proletariado, en 1905, el año de la Revolución, fue arrestado por albergar una reunión ilegal en su domicilio. El fracaso de la revolución y la muerte de su esposa lo sumieron en la desesperación y tuvo un intento de suicidio. Entre 1907 y 1908, fue editor del almanaque modernista *Shipovnik*. Posteriormente su ideología política dio un giro de noventa grados y se unió a los conservadores. Durante la primera guerra mundial adoptó una actitud belicista y fue coeditor del periódico patriótico *Russkaia volia*. Huyendo del totalitarismo bolchevique se instaló en Finlandia en 1917, donde falleció dos años después rodeado de pobreza y olvido. Andreyev es mundialmente conocido por novelas como *Risa roja*, *Los siete*

ahorcados, *Diario de Satán*, sus cuentos, u obras teatrales como *El que recibe las bofetadas*, *Anfisa*, *Vida de hombre*, *Máscaras negras*, etcétera.

Nacido en Oriol (Rusia), Andréyev originalmente estudió Derecho en Moscú y San Petersburgo, pero abandonó su poco remuneradora práctica para seguir la carrera literaria. Fue reportero para un periódico moscovita, cubriendo la actividad judicial, función que cumplió rutinariamente sin llamar la atención desde el punto de vista literario. Su primer relato publicado fue *Sobre un estudiante pobre*, una narración basada en sus propias experiencias. Sin embargo, hasta que Máximo Gorki lo descubrió por unos relatos aparecidos en el *Mensajero de Moscú* (*Moskovski véstnik*) y en otras publicaciones, empezó realmente la carrera de Andréyev.

Desde entonces hasta su muerte, fue uno de los más prolíficos escritores rusos, produciendo cuentos, bosquejos, dramas, etc., de forma constante. Su primera colección de relatos apareció en 1901 y vendió un cuarto de millón de ejemplares en poco tiempo. Fue aclamado como una nueva estrella en Rusia, donde su nombre pronto se hizo famoso. Publicó su narración corta, *En la niebla* en 1902. Aunque empezó dentro de la tradición rusa, pronto sorprendió a sus lectores por sus excentricidades, las cuales crecieron aún más que su fama. Sus dos historias más conocidas son probablemente *Risa roja* (1904) y *Los siete ahorcados* (1908). Entre sus obras más conocidas de temática religiosa figuran los dramas simbolistas *El que recibe las bofetadas* y *Anatema*. Idealista y rebelde, Andréyev pasó sus últimos años en la pobreza, y su muerte prematura por una enfermedad cardíaca pudo haber sido favorecida por su angustia a causa de los resultados de la Revolución Bolchevique. A diferencia de su amigo Máximo Gorki, Andréyev no consiguió adaptarse al nuevo orden político. Desde su casa en Finlandia, donde se exilió, dirigió al mundo manifiestos contrarios a los excesos bolcheviques.

Aparte de sus escritos de carácter político, Andréyev publicó poco a partir de 1914. Un drama, *Las tristezas de Bélgica*, fue escrito al inicio de la guerra para celebrar el heroísmo de los belgas contra el ejército invasor alemán. Se estrenó en los Estados Unidos, al igual que *La vida del hombre* (1917), *El rapto de las sabinas* (1922), *El que recibe las bofetadas* (1922) y *Anatema* (1923).

Pobre asesino, una adaptación de su relato *El pensamiento* escrita por Pavel Kohout, se estrenó en Broadway en 1976. En cine, el argentino Boris H. Hardy dirigió una cuidada versión cinematográfica de *El que recibe las bofetadas*, con Narciso Ibáñez Menta en el papel protagónico, estrenada en 1947.

Estuvo casado con la condesa Wielhorska, sobrina nieta de Tarás Shevchenko. Su hijo fue Daniil Andréyev, poeta y místico, autor de *Roza Mira*.

La nieta de Leonid Andréyev, la escritora estadounidense Olga Andrejew Carlisle, publicó una colección de sus cuentos, *Visiones*, en 1987.

SOBRE EL TRADUCTOR

RAFAEL CANSINOS ASSENS (Sevilla, 1882 – Madrid, 1964) es uno de los escritores de referencia de la Edad de la Plata de las Letras y Ciencias Españolas. Llegado a Madrid en 1898, destacó como animador de las vanguardias, crítico literario, traductor, ensayista y autor de una obra propia que hay que enmarcar entre las más originales del siglo xx. Jorge Luis Borges mostró durante toda su carrera literaria una admiración ferviente por la obra de quien consideraba su maestro. Depurado después de la Guerra Civil Española bajo la acusación de ser judío, cayó como literato en un olvido total, aunque acrecentó su prestigio como traductor de grandes autores de la literatura universal. Escritor de minorías, la publicación de sus memorias, *La novela de un literato*, en 1982, hoy un clásico de la literatura memorial, marcó el inicio del interés de un público más amplio por su figura. Desde el año 2002 la Fundación que lleva su nombre sigue la tarea de recuperarle para la historia de la literatura española y de difundir el valioso archivo documental que el escritor reunió durante su vida.

Notas

[1] La traducción de Cansinos Assens de *Obras escogidas* de Leónidas Andreyev y su introducción fue publicada por primera vez en 1955 (Aguilar, Madrid). Posteriormente, en 1969, fueron editadas las *Obras completas*. En esta edición de *Risa roja* hemos seleccionado fragmentos completos de la introducción de RCA, que es muy amplia. (N. del E.) <<

[2] *La vie pathétique de Dostoievski*, Librairie Plon, París, 1931. (N. del E.) <<

[3] Carr, Edward Hallett, *Dostoevsky (1821-1881): A New Biography*, London, G. Allen & Unwin, 1931. Hay una edición en español: *Dostoievski 1821-1881. Lectura crítico-biográfica*, versión castellana de Arturo Licetti, Editorial Laia, Barcelona, 1972. <<

[4] *Les Maîtres du roman russe contemporain: Tolstoï, Tchékhof, Korolenko, Veressaïef, Gorki, Andréïef, Mérejkowsky, Kouprine, etc.*, Paris, C. Delagrave, 1912. (N. del E.) <<

[5] Puede referirse a: Maxime Gorki. *Trois Russes. L. N. Tolstoï, A. Tchekov, Léonid Andreev*. Traduit du russe par Dumesnil de Gramont, Paris, Gallimard, 1935. <<

[6] Cansinos Assens debió prologar y traducir esta obra en los años cuarenta o principios de los cincuenta, cuando España sufría un gran aislamiento internacional debido a la dictadura de Franco. Las *Obras completas* de Andreyev no fueron publicadas hasta 1969 por Aguilar, cinco años después del fallecimiento de su traductor. <<

[7] Andreyev murió el 12 de septiembre 1919 en Mustamäggi, Finlandia. <<

[8] La vida de Andreyev muestra un paralelismo notable con la del escritor austríaco Stefan Zweig, truncada también por el total desencanto ante la locura criminal de los hombres. Véase su biografía en *Moravia, Vivian Wilde y compañía*, por César Tiempo, Buenos Aires, Editorial Argos, 1954. (N. del T.) <<

[9] Versta: antigua unidad de longitud rusa equivalente a 1066,8 m. (N. del E.) <<